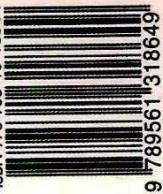


Una nueva aventura de Alonso, pero esta vez se trata del nieto de aquel Alonso que a los diez años decidiera viajar a América para buscar a su padre. Heredero del espíritu osado de su padre y su abuelo, aquí lo encontramos en la tierra de Arauco encarando cualquier peligro con tal de ubicar a su amigo Pelayo que ha sido secuestrado. Con su amigo Huenchulaf se internará en los bosques sureños, subirá hasta el cráter de un volcán, se dejará llevar por la corriente de los ríos y ambos se verán seriamente amenazados por un ambicioso pirata, que no se detiene ante nada para satisfacer su ambición.

A PARTIR DE 11 AÑOS
NIVEL 3

ISBN 978-956-13-1864-9



9 789561 318649



Magdalena Ibáñez • María José Zegers

ALONSO EN LA GUERRA DE ARAUCO



MAGDALENA IBÁÑEZ VIAL
MARÍA JOSÉ ZEGERS RUIZ-TAGLE

ALONSO EN LA GUERRA DE ARAUCO

ILUSTRACIONES DE
CARLOS ROJAS MAFFIOLETTI

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Primera edición, 2004
Segunda edición, 2007

© MAGDALENA IBÁÑEZ VIAL
MARÍA JOSÉ ZEGERS RUIZ-TAGLE

Derechos exclusivos

© EDITORIAL ANDRÉS BELLO
Ahumada 131, 4º piso, Santiago de Chile

Registro de Propiedad Intelectual
Inscripción N° 144.012, año 2004
Santiago - Chile

Se terminó de imprimir esta segunda edición
de 1.000 ejemplares en el mes de marzo de 2007

IMPRESORES: Imprenta Salesianos S. A.
IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

ISBN 978-956-13-1864-9

EDITORIAL ANDRÉS BELLO

Capítulo I

¡PELAYO HA SIDO RAPTADO!

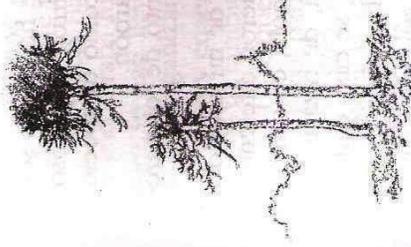
Hace algunos años, mi padre me hizo un regalo muy especial. Eran unos cuadernos escritos por mi abuelo, en los que narraba su viaje desde el pequeño pueblo español donde había nacido hasta éstas, mis tierras chilenas.

Cuando leí su historia, me sentí muy orgulloso de llevar su nombre: Alonso. Me asombré al saber que a los doce años, a la misma edad que tengo ahora, había dejado a su madre en la ciudad virreinal de Lima para acompañar al conquistador Pedro de Valdivia a estas lejanas tierras del Reino de Chile.

Cuando terminé de leer los fascinantes relatos de mi abuelo, me senté con mi padre en el patio de nuestra casa, aprovechando la tibia y soleada tarde, poco común en estas lluviosas tierras del sur.

—Padre, ¿qué sucedió con el tesoro que encontré mi abuelo Alonso? —le pregunté.

—Estaba seguro de que me harías esa pregunta apenas leyeras sus escritos —manifestó él, sonriente—.



Como sabes, su anhelo fue siempre tener tierras y vivir de ellas. Todo lo utilizó en su encomienda en el valle central, y en estas tierras del sur en las que nosotros vivimos.

—Y ese Pelayo, su compañero de aventuras, ¿tiene algo que ver con Pelayo Ruiz, mi amigo?

—Claro que sí. Es su bisabuelo. De hecho, es sorprendente lo parecido que es a él, pelirrojo y pecoso. Esto me recuerda que tú también eres como tu abuelo. Él tenía cabello negro y los ojos como carbón.

Sin darle mucha importancia al asunto de los parientes, le pregunté:

—¿Cómo su bisabuelo, si era amigo de mi abuelo?

—Lo que ocurre es que sus vidas fueron diferentes. Pelayo se casó muy joven con una española, en cambio tu abuelo lo hizo primero con Amuillán, de raza india, con quien tuvo cinco hijas. Al morir ella, se casó con mi madre y yo nací cuando él tenía ya muchos años.

—¿Cinco hijas? Siempre he sabido sólo de cuatro. ¿Dónde está la otra? ¿Murió?

—No. Ésta es una historia algo compleja y creo que ya tienes edad para conocerla. —Tras una pausa, continuó—: Mi hermanastra Elvira se enamoró de Llancañir, uno de los indios que trabajaban en la encomienda. Mi padre se opuso a esa boda porque Llancañir tenía un carácter muy difícil. Era terriblemente soberbio, lo que hacía imposible tratar con él. Así, a pesar de que Elvira era mitad india, mi padre no dio su autorización. Entonces ellos se fugaron, y por lo que sabemos, viven más allá de la frontera del Biobío.

—¿Cómo puede vivir ahí? ¿No dicen que es tan peligroso?

En ese preciso momento, casi como en un eco de aquellas palabras, apareció ante nosotros un agitado y sudoroso jinete:

—Han asaltado la casa de don Bartolomé Ruiz —anunció.

—¿Cómo? ¿Qué ha pasado? —preguntó mi padre poniéndose de pie inmediatamente.

—A don Bartolomé no le ha ocurrido nada, ya que se encontraba fuera de su casa cuando ocurrió el ataque. Pero se han llevado a su hijo, a Pelayo. En este minuto se está organizando una cuadrilla para salir en su rescate.

—Voy enseguida —dijo mi padre.

—Yo también voy —grité resuelto.

—Tú te quedarás aquí con tu madre y tus hermanos.

—Pero, padre, Pelayo es mi amigo.

—Sí, eres su amigo, pero debes quedarte y ayudar a defender la casa. Entra de inmediato. Reúne a todos los criados y asegúrate de que cierren bien los postigos y las puertas. Deben permanecer alertas y con los arcabuces preparados. Nunca se sabe si esto fue sólo un asalto o si se va a iniciar una rebelión. Apenas pueda enviaré soldados para protegerlos.

Mi padre se marchó junto a varios hombres y, tal como él me había indicado, nos encerramos todos en la casa.

Vivíamos en una zona rural cercana a Concepción del Nuevo Extremo.¹ En aquellos tiempos, la vida era

¹ Concepción del Nuevo Extremo fue fundada por don Pedro de Valdivia en el actual Penco en 1550. En 1764, tras un violento terremoto y maremoto ocurrido en 1751, la ciudad fue trasladada a su actual emplazamiento.

peligrosa para los españoles pues el belicoso pueblo araucano no aceptaba nuestra intromisión en aquellas tierras. Pero todos los que habitábamos esa bella zona, estábamos convencidos de que nuestra presencia no sólo proporcionaría un mayor bienestar al pueblo araucano, sino también con nosotros conocerían la verdadera fe.

Pero mientras procurábamos que nos aceptaran y se convencieran de queríamos ser sus amigos, vivíamos en un sobresalto permanente.

Nuestro hogar estaba bien preparado para la guerra, con sus gruesos muros y sus ventanas provistas de rejas y postigos. A pesar de su fuerte estructura, la puerta principal, de dos hojas de madera de coigüe, era el punto más vulnerable. En una de las hojas, una puerta pequeña permitía el paso de una persona y a través de un ventanuco se podía ver quién llamaba y, además, vigilar el frente de la casa. Todas las habitaciones, puertas y ventanas, que también contaban con mirillas, se trancaban con pesadas barras de hierro.

La casa se levantaba alrededor de un gran patio en cuyo centro había un pozo que nos abastecía de agua. Bajo las cocinas, mi padre había construido una bodega que, además de permanecer siempre bien provista de alimentos secos para alimentarnos en caso de asedio, estaba acondicionada para ser usada como vivienda si la casa fuera destruida.

En el patio, mi madre cultivaba una huerta y en un corral criábamos vacas, gallinas, cerdos y ovejas. Por todo esto, estábamos bien preparados para las situaciones de peligro.

Después de que mi padre se marchó, vivimos días de tensión. No teníamos noticias de él y los soldados que nos iba a mandar no llegaban. Yo, que era el mayor, me sentía responsable de cuidar a mi madre y mis hermanos.

Cada día admiraba más a mi madre. En aquella ocasión, como siempre, todos pudimos apreciar su gran entereza. Organizó la vida de la casa como si nada pasara. Aunque yo me resistía, reacio a estudiar en esos momentos, ella siguió dándonos lecciones con la ayuda de sor Juana, una monja que vivía con nosotros desde que su convento había sido destruido. Ella no había abandonado el lugar porque esperaba la llegada de otras monjas de su congregación para reconstruir el convento.

—Mamá —alegaba yo, cuando ella me llamaba para la lección—, ¿por qué tengo que perder el tiempo en estudiar cuando debo defender la casa?

—Es cierto que tu padre te encargó cuidar la casa, y lo estás haciendo muy bien. Pero también es tu obligación instruirte. No viviremos siempre en guerra y no puedes ser un ignorante. Luis puede perfectamente sustituirte en los ratos en que estamos en clases.

Luis era el capataz, el hombre de confianza de mi padre. Él ayudaba a mi madre a mantener a la servidumbre ocupada y tranquila, a pesar de la inquietud que nos dominaba a todos.

Por fin, una tarde escuchamos fuertes golpes en la puerta, que todos reconocimos. Era mi padre que regresaba. Corrimos a su encuentro. Luis, que estaba de turno en la vigilancia, ya había abierto. Con sólo ver a mi padre, cabizbajo y preocupado, comprendimos que no habían tenido éxito en la búsqueda de Pelayo.

—¿Qué sucedió? —preguntó mi madre, mientras lo abrazaba.

—No pudimos dar con él. Creemos que la partida de indios que se lo llevó no usó caballos y se internó en la espesura del bosque sin dejar huellas.

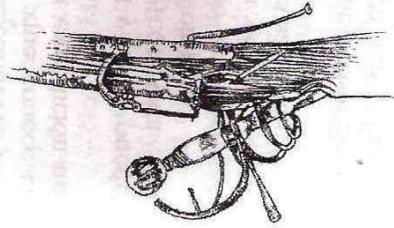
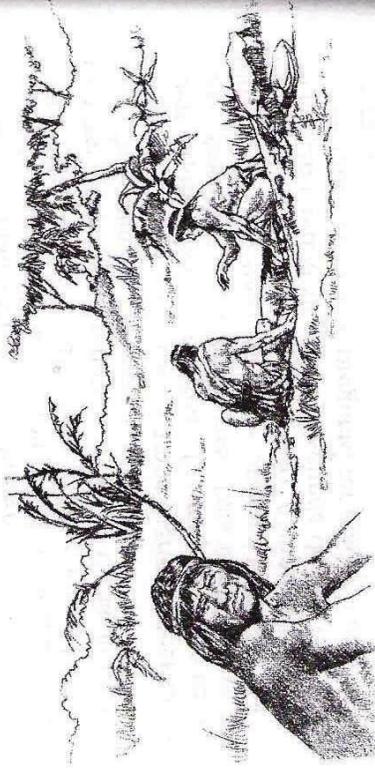
—¡Qué horror! —exclamó mi madre, mientras yo temblaba pensando en mi pobre amigo—. ¿Y cómo está Amelia?

—Puedes imaginártelo. Y Bartolomé, desesperado, está reclutando una cuadrilla para reemprender la búsqueda.

—¿Y qué vas a hacer tú? ¿Irás con ellos? —preguntó mi madre, consternada.

—La verdad es que no sé qué hacer. Por un lado están mis amigos, pero por otro ustedes y la hacienda. No puedo irme nuevamente. Ya me fue difícil partir una vez en estos momentos. Sobre todo porque la situación no está tranquila.

Entramos a casa. La preocupación ensombrecía los rostros de mis padres.



Capítulo II

LA EXPEDICIÓN

Mi padre decidió permanecer en casa, a pesar de que hubiera querido ayudar a su amigo. Pero, en esas circunstancias, sentía que no tenía alternativa: no era conveniente ausentarse nuevamente dejándonos solos.

Yo no dejaba de pensar en Pelayo. ¿Qué sería de él? ¿Estaría vivo o muerto? Rápidamente, trataba de espantar ese pensamiento de mi mente. Pelayo era fuerte y valiente y no se dejaría amedrentar por nadie.

Estaba decidido a incorporarme a la expedición de rescate, pero ¿cómo decirselo a mi padre? Era necesario que me apresurara pues don Bartolomé estaba a punto de partir.

Ese mismo día al anochecer, cuando mis hermanos ya estaban acostados y mi madre estaba ocupada en la cocina, me atreví:

—Padre, lo he estado pensando y no puedo dejar abandonado a mi amigo. Voy a ir con la expedición de rescate.

—¡Te has vuelto loco! Esa expedición será muy peligrosa. Se internará en tierras atestadas de indios. Tú no tienes edad...

—¿Por qué no? Tu padre tenía mi edad cuando se vino solo desde España, cruzando el océano y la selva.

—Eso fue distinto, eran otros tiempos.

—Pero, papá, el abuelo vino a lo desconocido y lo hizo solo; en cambio yo iré con gente que conoce el terreno y con la seguridad de volver. La expedición no será eterna.

—Eterna no, pero sí muy peligrosa y nadie puede asegurar que los que vayan regresen con vida. Los indígenas son fieros y no los van a dejar en paz.

—Pero don Bartolomé dijo que lo acompañarán algunos misioneros, y que irán en son de paz. ¡Estoy seguro de que los indios respetarán a los sacerdotes!

—No insistas. No te dejaré ir.

Furioso me fui a mi habitación y me acosté llorando de rabia e impotencia. Pero, un poco más calmado, antes de dormirme le rogué a Dios que convenciera a mi padre.

Al día siguiente, las circunstancias cambiaron radicalmente. Estoy seguro de que mis oraciones fueron escuchadas porque todo resultó tan distinto y fácil que yo apenas podía creerlo. Al atardecer, llegaron hasta nuestra casa una partida de soldados. Al verlos, mi padre les preguntó:

—¿Son ustedes los soldados que espero hace más de un mes?

—Lo sentimos mucho, don Diego. Nos fue imposible llegar antes. Tuvimos muchos contratiempos con los indios.

—Pero ahora no son necesarios aquí, porque ya estoy en casa —replicó mi padre—. A lo mejor hay otros lugares donde los requieran...

—Tenemos orden de quedarnos aquí para cuidar de esta zona. Como usted había solicitado nuestra ayuda, nos encomendaron la misión de vigilar el área y mantener la seguridad. Nuestro jefe pensaba que podíamos permanecer en su casa y, desde aquí, patrullar la zona. Pero si usted...

—No, no. Me parece muy bien. Sean bienvenidos. Hay sitio de sobra en esta casa para que se instalen aquí. Ordenaré que les preparen su alojamiento.

Al oír estas palabras, se despertó en mí una nueva esperanza. Ahora quizás sería la oportunidad de vencer a mi padre de participar en la expedición. Ojalá que él estuviera pensando en lo mismo. Y en efecto, así fue. Al día siguiente, mi padre anunció que, dadas las circunstancias, partiría en busca de Pelayo.

—Padre, tengo que ir contigo —dije con decisión.

—¡Por ningún motivo! —exclamó mi madre, que se encontraba presente.

Me di cuenta de mi imprudencia. No sé cómo pude hablar delante de ella, aunque me sorprendió que mi padre no hiciera ningún comentario.

—Madre, Pelayo es mi amigo y yo creo que mi obligación es ayudarlo.

—Tu obligación es hacer lo que tus padres digan... —dijo mi madre.

—Más tarde hablaremos de eso —interrumpió mi padre.

Estas palabras me dejaron algo más esperanzado. El tono de mi padre me hizo pensar que todavía tenía una oportunidad.

Y así fue. Un par de horas después, él me mandó a llamar:

—Hemos conversado largamente con tu madre y llegamos a la conclusión de que será bueno para ti que me acompañes. Tén presente que no se trata de un paseo. Va a ser duro, agotador y muy peligroso, pero creo que eres capaz. Es el momento de que te hagas hombre y te enfrentes a la realidad de los tiempos que vivimos.

Salté de felicidad. Mi padre me detuvo:

—No estés tan contento. Te repito que esto no es un juego. Deberás obedecer todas mis órdenes, al pie de la letra. Pasaremos muchas penurias, incluso nuevas vidas estarán constantemente en peligro.

Tardamos unos cuantos días en partir, pues tuvimos que aguardar el regreso de Coñalef, un indio de la confianza de don Bartolomé Ruiz, que había partido a investigar, entre distintas tribus de los alrededores, el posible paradero de Pelayo.

Cuando éste por fin llegó, supimos que el grupo que tenía secuestrado a Pelayo había seguido la ribera sur del Biobío en dirección hacia la cordillera. Coñalef avanzó tras ellos, pero perdió el rastro en la zona del río Rele.

Se apresuraron los preparativos y llegó la hora de partir. Doña Amelia, pálida y acongojada, salió de sus habitaciones.

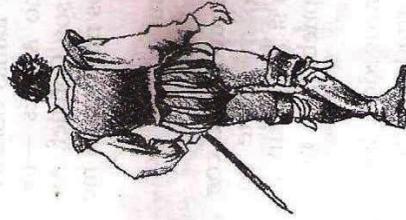
—Bartolomé —dijo a su marido—, te ruego, ten mucho cuidado. Me quedaré aquí pidiendo a Dios que encuentres a nuestro hijo. Por favor, no te expongas...; no podría resistir perderte a ti también.

—No te preocupes, querida. Tén la seguridad de que no hemos perdido a nuestro hijo. Lo vamos a encontrar. Pelayo es un muchacho valiente... Quizás antes de que lo esperemos, regrese él por sus propios medios.

Se abrazaron estrechamente. Don Bartolomé subió a su caballo, y por fin partimos. La expedición estaba compuesta de diez españoles, contando al misionero, y de un número similar de indios. Además, algunos buques transportaban nuestros pertrechos. A pesar de que personalmente no íbamos cargados, todos debíamos soportar el peso de la coraza de cuero, del casco, y de las armas: un arcabuz y una espada. Siempre debíamos tener las armas a mano para reaccionar rápido ante cualquier sorpresa.

Atravesamos el caudaloso Biobío en balsas de madera. Al llegar a la otra orilla, sentí que mi corazón saltaba de emoción: nos encontrábamos en zona enemiga. En cualquier momento tendríamos que enfrentarnos a los belicosos indios.

Además, estábamos ante un paisaje absolutamente virgen. Dejábamos atrás los campos labrados para penetrar en aquel espeso bosque. Coigües, raulíes, robles, tepas, mañíos y muchos otros árboles centenarios crecían apretados uno junto al otro, rodeados de matorrales, especialmente de quila, que dificultaban nuestro paso, y que, en algunas zonas, hacían imposible el avance de los caballos. Demorábamos horas en despejar el camino.



Capítulo III

EL PRIMER CAMPAMENTO

Avanzábamos con lentitud. A pesar de que aún estábamos cerca de Concepción, los hombres marchaban alertos, la mirada vigilante y el oído atento ante cualquier ruido.

La primera noche pernoctamos en un pequeño poblado que nos indicó Coñalef. Las rucas, hechas de paja y algunos troncos, no tenían ventanas, pero sí un agujero en el techo para facilitar la salida del humo de la fogata que encendían en su interior. Me llamó la atención que las rucas estuvieran dispuestas hacia el oriente. Mi padre me explicó que los mapuches creían que todos los poderes y las fuerzas para asegurar la vida emanaban del este y, por eso, orientaban sus viviendas en esa dirección.

Mientras comíamos, conversé con Coñalef.

—¿Por qué nos ayudas y te arriesgas tanto por nosotros? —le pregunté intrigado.

—Porque les debo mucho a los españoles.

—¿Qué tanto nos puedes deber? —volví a preguntar.

—Mis padres murieron cuando yo tenía seis años y fui encontrado en el bosque por unos misioneros mercenarios que me criaron y educaron. Ellos respetaron mis costumbres, pero me dieron su religión, que es muy importante para mí.

—Pero si eres bautizado, ¿por qué te llamas Coñalef?

—En la misión soy conocido como Andrés —me contestó, riendo—, pero yo realmente soy Coñalef. Así me pusieron mis padres. Incluso algunos misioneros me llaman así.

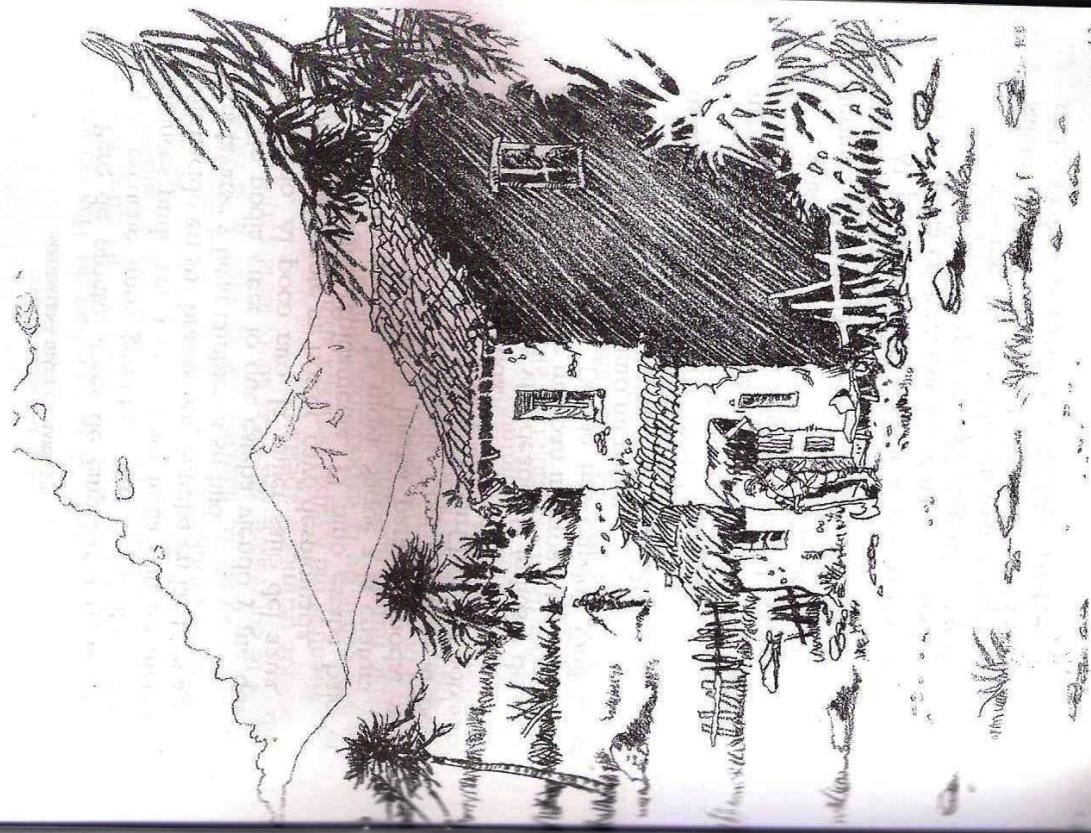
—Comprendo que quieras a los misioneros, pero, ¿por qué te arriesgas?

—Por don Bartolomé. Él ha sido muy bueno conmigo. Además, creo que lo que hizo mi gente con Pelayo no está bien. Pero, te advierto, si los españoles cometen la más mínima traición a mi pueblo, yo no lo voy a aceptar.

Acampábamos alrededor de una acogedora fogata y poco a poco me fui quedando dormido. Desperté antes de que saliera el sol. Intenté volver a dormir, porque sabía que me aguardaba una jornada ardua, pero no lo conseguí. Entonces me levanté y, tratando de no hacer ruido, fui a ver los caballos. Como aún no aclaraba, tropecé en un tronco y caí sentado sobre una bosta.

—¡Qué asco! —exclamé, enfadado conmigo mismo por mi torpeza.

Muy a pesar mío, ya que a esa hora de la mañana hacía frío, decidí ir al río a lavarme y a limpiar mis pantalones. Me alejé un poco del poblado buscando un lugar solitario, pues me daba vergüenza que alguien pudiera verme desnudo.



Pero de pronto, antes de empezar a quitarme la ropa, escuché unos gemidos. Miré a mi alrededor y entonces pude ver a una mujer india con un niño recién nacido en sus brazos que entraba en las frías aguas para lavarse y lavar también a su hijo.

No podía creer lo que estaba viendo y me quedé paralizado. Al poco rato, la mujer salió del agua, dio unos pasos y, ante mi horror, cayó desplomada.

Me acerqué rápidamente. El niño estaba bajo el cuerpo de su madre. La moví. Saqué a la criatura y la dejé un momento en la hierba para acomodar a la madre. La mujer no se movía. Cogí entonces al bebé que había comenzado a llorar, y corrí hacia el poblado, gritando para pedir ayuda.

En un instante me vi rodeado de indios y de españoles armados que me miraban interrogantes.

—¿Qué te pasa? ¿Dónde has estado? ¿Qué haces con ese niño? —preguntó mi padre.

—¡Fui a lavarme al río y lo encontré junto a su madre! ¡Creo que ella está muerta!

—Tranquilo —me interrumpió Coñalef—, dínos primero dónde está la madre.

Una india arrebató al niño de mis brazos, mientras yo explicaba lo sucedido y señalaba el lugar. Cuando terminé mi historia, Coñalef tradujo mis palabras y varias mujeres corrieron hacia el río.

Al poco rato, y para mi alivio, volvieron con la madre de la criatura, que ya se había recuperado.

—¡Menos mal que no está muerta! —exclamé.

—Sí —me dijo mi padre en tono severo—. Todo ha salido bien, pero tú no debiste alejarte solo y sin avisar a nadie. Quizás —continuó— debería mandarte ahora mis-

mo de vuelta y ganas me dan de hacerlo. Has cometido dos faltas graves: primero, te apartaste del campamento y, luego, interviniste en asuntos propios de los indios.

—Perdona, padre. No era mi intención. Sólo quería lavarme. Te prometo que no volverá a suceder.

—No lo sé. Lo hablaré con el resto de la expedición y te contestaré. Mientras tanto, anda ahora a lavar porque realmente apestas.

Mientras me lavaba, pensaba angustiado en que me podían echar de la expedición, pero al poco rato, mi padre se reunió nuevamente conmigo.

—Por esta vez te perdonaremos —me dijo—. Pero que todo esto te sirva de lección.

Salté de alegría y me abracé a él dándole las gracias. Ya tranquilo, le pregunté:

—¿Qué hacía esa mujer en el río bañando a su hijo recién nacido?

—Es costumbre de este pueblo que las mujeres den a luz a solas a orillas de un río, y que se sumerjan en el agua con su pequeño, en cuanto éste nace.

Recordé entonces el nacimiento de mi hermano menor. Mi madre se encontraba en su habitación, rodeada de mujeres que la ayudaban y después se quedó un mes en cama. ¡Qué diferencia! Y qué valientes tenían que ser las madres indias.

Cuando levantábamos el campamento para continuar nuestro camino, se me acercó un niño como de mi edad.

—Gracias por ayudar a mi madre —me dijo en perfecto español—. Ella te envía estas tortillas de maíz.

De pronto, el indiecito se puso tenso y me hizo señas para que me quedara en silencio. Se dirigió sigi-

osamente al lugar donde se encontraba Coñalef y le dijo algo al oído. De inmediato éste se acercó a don Bartolomé y luego de llamar a otros cuatro hombres, se internaron en lo más espeso del bosque.

Me reuní con mi padre que terminaba de revisar y preparar sus armas. Al verme, me entregó un arcabuz. En ese instante, se escucharon varios disparos, y al poco rato vi regresar a don Bartolomé con sus hombres.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó mi padre.

—Aquel niño —dijo don Bartolomé, señalando al muchacho que me había dado las tortillas de maíz— fue quien nos advirtió que se acercaba un grupo de indios. Gracias a Dios, repelimos un ataque a tiempo, ya que pudimos sorprenderlos antes de que nos atacaran. Debemos reforzar la vigilancia de ahora en adelante.

Me acerqué al niño, y le dije:

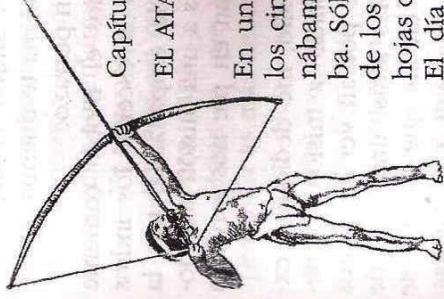
—Ahora soy yo quien debe darte las gracias. ¿Por qué lo has hecho?

—Porque tú ayudaste a mi madre.

—¿Cómo te llamas?

—Huenchulaf, ¿y tú?

—Soy Alonso Almendrajejo.



Capítulo IV EL ATAQUE

En un estado de tensión fuerte y con los cinco sentidos en alerta, nos internábamos en la espesura. Nadie hablaba. Sólo el leve ruido de las herraduras de los caballos en la tierra cubierta de hojas delataba nuestra presencia.

El día trascurrió sin mayores novedades y, para mi alivio, al caer la noche no habíamos visto a ningún indio.

Nos detuvimos en un pequeño claro elegido por Coñalef como el lugar más seguro para acampar.

—Padre, los indios están talando árboles... ¿para qué?

—Haremos una pequeña empalizada que nos protegerá durante la noche. Dormiremos dentro de ella, junto a los animales.

—Lo que no entiendo es cómo se van a sostener los troncos.

—Ya verás. Los ataremos con fibras vegetales y las partes más vulnerables se aseguran con las tiras de cuero que hemos traído.

—¡Qué bien! Así podremos dormir tranquilos.

—No tan tranquilos. Igualmente debemos hacer guardia. Nos turnaremos cada tres horas... —Se detuvo al ver mi cara de espanto y se echó a reír—: No te preocupes. Tu edad te salva por ahora. Te dejaremos descansar. No vaya a ser que mañana te duermas sobre el caballo y termines con un buen porrazo.

Durante varios días seguimos el Biobío corriente arriba y cada noche se repetía la escena: los indios cortaban árboles y levantaban la empalizada, tras la cual dormíamos. Por fin llegamos a una misión abandonada, cuyos muros de piedra aún en pie nos servirían de protección.

En cuanto me bajé del caballo, me dediqué a explorar. El lugar donde había estado la misión era pequeño y aún entre las ruinas se podían ver los muros de lo que fuera una capilla. Más atrás, una serie de cruces y lápidas semiderruidas, en las que todavía se podían leer algunos nombres españoles e indígenas, indicaban el cementerio. En un sector algo más apartado, me encontré con los vestigios de una huerta, con sus árboles frutales. Los manzanos estaban cargados. Probé una manzana. Me pareció tan exquisita que llené mi morral, pensando en que todos estarían agradecidos de poder disfrutarlas más tarde.

Volví junto a la expedición, rogando al cielo para que mi padre no me regañara, pues sospechaba que me había alejado más de lo permitido. Pero estaba tan absorto pasando revista a los animales que ni siquiera había advertido que yo no estaba cerca de él.

Instalamos el campamento dentro de la pequeña capilla; se notaba un ambiente más sereno, pues to-

dos nos sentíamos seguros entre aquellos muros de piedra.

—Alonso —me dijo mi padre—, nos quedaremos algunos días en este lugar, donde tenemos mayor seguridad. Desde aquí podremos salir todos los días en pequeñas expediciones para continuar nuestra búsqueda recorriendo los alrededores, y no sería raro que a veces deba ausentarme durante la noche...

—Yo te acompañaré.

—No. Prefiero que te quedes aquí.

—Pero, papá,...

—Harás lo que te digo —me interrumpió—. Tu presencia es más necesaria aquí.

—Está bien —asentí no muy contento, pero el tono de mi padre me impedía insistir.

—Hay algo que quiero mostrarte. En caso de ataques, si adviertes que las cosas se ponen feas para nosotros, deberás esconderte. Encontré un pozo que me parece excelente. Ven conmigo.

Caminamos hasta el pozo que estaba a pocos metros de la capilla. Me asomé y comprendí que mi padre había elegido un excelente lugar. A media altura, una roca sobresaliente me serviría de plataforma para ocultarme sin caer al agua.

Regresamos a reunimos con los demás, cuando de pronto ocurrió lo más inesperado. Con terrible sobresalto escuchamos un angustioso llamado del guardia de turno:

—¡Nos atacan!

De inmediato, los estridentes gritos de los indios retumbaron en nuestros oídos.

En un instante, los hombres habían tomado sus armas y comenzaban a repeler el ataque. Mi padre

disparó el arcabuz y me lo pasó, mientras que con su espada se defendía de un indio que lo atacaba.

Me agazapé en un rincón para recargar el arma, pero estaba tan nervioso que tiritaba y la pólvora se me caía de las manos. Cuando por fin lo conseguí, mi padre se hizo cargo de ella, dejando su espada. Como era demasiado pesada para mí, agarré un par de cuchillos y los lancé con fuerza sobre el indio que nos atacaba.

Con espanto y alivio a la vez vi cómo uno de ellos penetraba la pierna de un joven araucano, deteniéndolo. Se lo arrancó con furia, pero la herida comenzó a sangrar de tal manera que se alejó del lugar de la batalla.

De pronto, casi tan sorpresivamente como habían aparecido, los indios desaparecieron y todo quedó en un tenebroso silencio.

—Padre, ¿qué pasó? ¿Dónde se fueron? ¿Ganamos?

—No, hijo. Esto apenas comienza. Ellos atacan en oleadas. Pronto volverán, pero no los mismos hombres, sino otros que nos atacarán con nuevas fuerzas.

Una actividad febril invadió nuestro campamento. Había que estar preparado, antes de que regresaran. A Dios gracias, ningún hombre había resultado muerto.

Mi padre me ordenó entonces esconderme en el pozo.

—No, padre, por favor... Yo puedo ayudar.

—Haz lo que te digo, Alonso. Obedece de inmediato y no salgas hasta que te vaya a buscar. En caso de que esto no suceda, espera al menos hasta mañana, y sal con mucha precaución. Si ha ocurrido algo grave, deberás marcharte de aquí. Recuerda que tienes que

seguir siempre el río corriente abajo para llegar a casa. Nunca, por ningún motivo, te apartes de él.

De muy mala gana me refugí en el pozo, llevando algunas provisiones y mis dagas.

Fueron los peores momentos de mi vida. Escuché cómo dos veces éramos atacados nuevamente. Y sin poder hacer nada, oía los angustiosos gritos de mis compañeros y los estridentes alaridos de nuestros atacantes.

El frío, la humedad y la incómoda postura en que me encontraba me tenían agarrotado. Pensaba cómo podría defenderme si me descubrían, y ese pensamiento me llenaba de temor.

De pronto cesó el ataque y sobrevino una tensa calma que me pareció eterna. ¿Estarían todos muertos? Por fin, alguien se asomó a la boca del pozo y gritó:

—¡Alonso! Ya puedes salir.

No era la voz de mi padre.

—¿Dónde está mi padre? —pregunté aterrado, sin poder moverme.

—No te preocupes. Está vivo, aunque lo han herido.

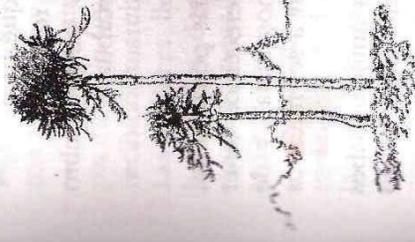
—Por favor, ayúdeme a salir. Estoy agarrotado.

Cuando al fin me vi fuera del pozo, corrí lo más rápido que mis dormidas piernas me permitieron. Encontré a mi padre tendido en el suelo, con el rostro demacrado y una pierna cubierta por unas toscas vendas empapadas en sangre. Estaba inconsciente. Me acerqué y me abracé a él, sin poder evitar que se me escaparan algunas lágrimas.

Mi padre no recuperó el sentido esa noche, ni tampoco al día siguiente. Me mantuve a su lado, y cada cierto tiempo le cambiaba las vendas. La herida era

profunda y me parecía que su estado era grave. Tenía tanto miedo que no me atrevía a preguntar nada.

Don Bartolomé se dedicó a reorganizar a sus hombres. Decidió que cuatro de ellos regresarían a Concepción llevando a los heridos. Para mayor seguridad, con la ayuda de los indios construyeron unas canoas en las que podrían descender aprovechando la corriente del Biobío. Esto haría más fácil su regreso y permitiría que la expedición conservara los caballos que quedaron después del ataque.



Capítulo V

HUENCHULAF

Vi partir las canoas desde la orilla, y tuve que hacer un enorme esfuerzo para sobreponerme al ver alejarse a mi padre herido.

Había pensado qué debía hacer y no me fue fácil tomar una decisión: acompañar a mi padre en su regreso o permanecer en la expedición. Después de que me aseguraron que sus heridas no eran tan graves, resolví continuar en la búsqueda de mi amigo. Mi propio padre me insistió en que lo hiciera.

—Ya verás —me dijo—, cuando regreses me encontrarás completamente recuperado. Pero no olvides que debes obedecer en todo a Bartolomé.

El ambiente había cambiado, todos estábamos más tensos. Observé que cada vez que nos deteníamos, algunos hombres se alejaban y hablaban en secreto, como si estuvieran tramando algo. Y así continuaron hasta que llegamos a un pequeño asentamiento indio, cuyos habitantes nos recibieron con cordialidad. Además, nos

sentíamos tranquilos porque Coñalef nos había asegurado que podíamos confiar en ellos.

En la noche, en medio de un tranquilo y profundo sueño, fui bruscamente despertado por gritos y llantos. No comprendí qué sucedía hasta más tarde.

—Don Bartolomé, don Bartolomé, ¿qué pasa?

—Quédate junto a mí, Alonso —me respondió.

En ese momento llegó don Ignacio, otro miembro de la expedición, y nos apuntó con su arcabuz.

—Quédese quieto, don Bartolomé.

—¡Traidores! ¿Qué están haciendo?

—Hemos tenido que soportar muchas penalidades, y después del ataque del otro día merecemos tener alguna recompensa. Estos indios casi nos matan y de acuerdo con las leyes, ahora deben pasar a ser nuestros esclavos.

—¡Jamás te lo permitiré! Estos son amigos. Sabes muy bien que los que nos atacaron pertenecían a otro grupo.

—¿Y qué importa eso? Todos son iguales. Además, guárdate tus órdenes... recuerda que ahora las doy yo.

—Entonces, ¿qué pretendes hacer con nosotros? —exclamó don Bartolomé.

—Nada. Los dejaremos aquí hasta que tus amigos indios vengan a auxiliarlos —contestó irónicamente don Ignacio.

—¡Mal nacidos! ¡Ahora veo claro por qué se unieron a nosotros! Nunca tuvieron intención de ayudar a mi hijo. ¡Me las van a pagar!

—No creo que nos vuelvas a ver. Cuando regreses a Concepción, si es que lo logras, estaremos muy lejos.

No pudimos defendernos de los amotinados, nos

sobrepasaban lejos en número. Los hombres de mayor confianza habían acompañado a los heridos. Sólo el misionero y yo permanecíamos leales a don Bartolomé y muy pronto nos encontramos atados. Se produjo una pequeña escaramuza entre los indios de servicio y los españoles traidores, pero muy pronto los primeros fueron repelidos y huyeron.

Apenas amaneció, partió una triste caravana. Los pacíficos indios del poblado que tan bien nos habían recibido, marchaban en fila, atados uno detrás de otro. Las mujeres llevaban a sus hijos más pequeños en brazos; los demás niños lloraban desconcertados, caminando pegados a sus madres. La escena era impactante.

Sabía de aquellas absurdas leyes que permitían la esclavitud de los indios cuando eran sorprendidos con las armas en las manos; pero éste no era el caso. Aquellos traidores se habían movido sólo por la codicia y sus prisioneros eran inocentes.

Nos quedamos solos, atados a unos árboles. A medida que la caravana se alejaba, alrededor nuestro se hacía el silencio. Permanecimos atados varias horas, hasta que llegó Coñalef. Informado por los indios de servicio que habían huido, llegaba a ayudarnos. Nos desató, pero su actitud demostraba una profunda molestia y distancia.

—Hasta aquí no más llega mi ayuda. Ustedes nos han traicionado.

—Nosotros no, Coñalef, y tú eres testigo —exclamó don Bartolomé.

—Pero eran de los suyos, parte de su grupo y usted es responsable.

—Coñalef, necesitamos tu ayuda. Estamos sin armas y somos muy pocos.

—Yo no puedo hacer nada por ustedes. Tienen que seguir solos.

—Pero, Coñalef, ¿qué pasará ahora con Pelayo?

—Yo quería ayudar. Yo confiaba en usted, don Bartolomé. Pero no puedo perdonar lo que hicieron sus hombres con mi pueblo. Ahora debo ir a ayudar a mi gente, porque yo tengo la culpa, yo les pedí que los recibieran. Soy responsable ante ellos... Los recibieron aquí sólo porque yo se lo pedí, a usted y a sus amigos...

Don Bartolomé no pudo contestar. Coñalef tenía razón. En silencio, vimos partir al grupo de indios liderado por Coñalef.

Nos abandonaba, es cierto, pero aun así teníamos mucho que agradecerle: nos había liberado y nos había dejado algunas herramientas, unas cuantas espadas y alimentos.

Don Bartolomé y el misionero decidieron volver a Concepción por el río, y organizar una nueva expedición.

No me gustaba nada esta determinación... pero, ¿podría continuar yo solo? Me debatía en medio de una tremenda duda... ¿Sería capaz de proseguir la búsqueda? No podía dejar de pensar en mis padres... Seguro que pensarían que yo estaba loco de sólo imaginarlo... ¿Qué hacer? Mis dudas se dispararon por completo cuando vi aparecer a Huenchulaf.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté asombrado.

—Hace dos días me encontré con unas canoas que bajaban por el río. En una de ellas iba tu padre. Estaban en la orilla y mi familia los auxilió.

—¿Estuviste con mi padre? ¡Dime, dime! ¿Cómo se veía? ¿Te dijo algo?

—La herida se le había abierto y sangraba. Mi madre le puso unas hojas y una corteza de canelo y, después, cubrió la herida con matico para que cicatrizara. Ella sabe mucho y cuando partí con la intención de buscarte, tu padre se sentía mucho mejor. Ahora debe estar llegando a su tierra... —Se detuvo unos instantes y preguntó—: Pero, ¿qué ha pasado aquí?

Me dio mucha vergüenza, pero decidí contarle toda la verdad. Al principio, su reacción fue bastante violenta. Lo vi realmente furioso, pero por fin se dio cuenta de que nosotros no éramos culpables y de que, por el contrario, también habíamos sido traicionados y estábamos en una situación crítica. Le expliqué entonces que don Bartolomé había decidido regresar.

—Y tú, ¿qué quieres hacer?

—No lo sé. Lo que más deseo es encontrar a mi amigo.

—Tú ayudaste a mi madre. Si quieres, yo te puedo ayudar.

Ante tal ofrecimiento no tuve ninguna duda. Poco antes de que llegara la noche, con un carbón escribí en la parte blanca de una corteza una breve nota para don Bartolomé: "Sigo buscando a Pelayo. Me voy con Huenchulaf". Apenas comenzaba a aclarar cuando partimos sin hacer el menor ruido. Me sentía seguro con mi nuevo amigo, pues él conocía la región como la palma de su mano.

—¿Por dónde empezamos? —pregunté cuando pensé que nos habíamos alejado lo suficiente del campamento de don Bartolomé.

—He oído hablar de un grupo que llevaba a varios prisioneros hacia la cordillera y por eso había decidido juntarme con tu expedición. Lo más seguro es que se dirijan al paso de Trapa Trapa, para atravesar al otro lado. Dicen que en aquellos lugares es fácil vender a los prisioneros.

—Entonces, ¡vamos hacia allá!

—Es un sector muy grande, pero lo conozco bien. Existe un paso cercano a una gran laguna, donde nace el río Laja. Seguiremos ese río hacia la cordillera.

Caminábamos río arriba junto al Biobío. Después de un trecho, lo abandonamos para seguir el Laja. Tras mucho andar, comencé a escuchar un ruido de agua cada vez más fuerte.

—¿Qué es ese ruido? —le pregunté a Huenchulaf.

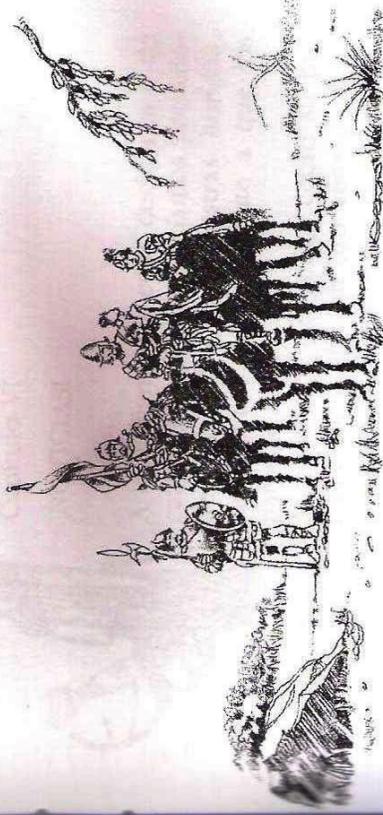
—Espérate, ya verás... Seguro que te vas a impresionar.

Y así fue. De pronto me encontré ante una cascada diferente a todas las que había visto. Era muy ancha y descargaba con furia enormes masas de agua. El ruido era tan intenso, que apenas nos escuchábamos las voces.

Eran tres caídas de agua. La de la izquierda era más grande, pero cada una por sí sola era tan imponente, que juntas presentaban un espectáculo verdaderamente indescriptible.

Me habría quedado horas mirando aquellos saltos y las mil formas y colores del agua al caer iluminada por el sol, pero Huenchulaf me recordó que debíamos proseguir. Me guió entre las rocas y comenzamos a subir la montaña hasta que llegamos a la cima. Allí el río era tan tranquilo y su ribera tan baja que jamás hubiera podido

imaginar que ese río podía llegar a adquirir esa torrenciosa fuerza con que llegaba al salto que acababa de ver. Estábamos en la cumbre de la montaña rodeados de un paisaje sobrecolector. Decidimos quedarnos allí a pasar la noche, aunque debimos internarnos entre los árboles en busca de un lugar protegido.



Capítulo VI ¡NOTICIAS!

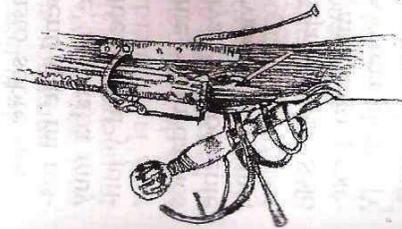
A la mañana siguiente, decidimos ir de caza porque ya no teníamos provisiones. Armados de nuestras hondas, aguardamos pacientemente a que los patos se acercaran.

Al poco rato, mi amigo cobró su primera pieza con un tiro certero. A mí no me fue tan bien, pero entre los dos conseguimos unos cuantos patos. Los asamos todos y una vez que saciamos nuestro hambre, guardamos los otros en nuestros morrales y continuamos nuestro camino. A poco andar encontramos un verdadero paraíso de frutillas frescas y jugosas, y nos dimos un banquete. Pero, con tanta comida nuestra marcha se hizo lenta y somnolienta. A los pocos pasos, Huenchulaf me dijo:

—Me duele el estómago. Detengámonos un rato.

—¡Qué buena idea! Yo no doy más.

Como a orillas del Laja no encontramos una buena sombra, seguimos el cauce de otro río más pequeño,



afluente del Laja, que bajaba con bastante corriente dada la inclinación del terreno.

—Mira. Ahí hay una playa con arena.

—¡Estupendo! Es un lugar perfecto para descansar. Nos recostamos y al momento estábamos durmiendo. Desperté a mediodía con el sol justo sobre nosotros. Estaba terriblemente acalorado y sentí que mi rostro ardía. El río, a pesar de la corriente, resultaba muy tentador. Sin misericordia, desperté a Huenchulaf y juntos nos tiramos al agua.

Nos dejamos deslizar por la corriente, y sin darnos cuenta nos alejamos mucho de la playa. La corriente nos empezó a arrastrar y me puse nervioso. Al verme, mi amigo dijo:

—Tranquilo. Ponte de espalda y déjate llevar. Sólo cuida tus posaderas. Si ves que el río es muy bajo, protégelas con las manos para que no te des con una piedra. ¡Y cuida tu cabeza!, debes mantenerla siempre fuera del agua.

Seguí las indicaciones y comencé a disfrutar. Fue una experiencia única. Pero como todo lo bueno tiene su fin, muy pronto nos vimos nuevamente en el río Laja. Habíamos bajado tanto que ahora debíamos reanudar un buen trecho para llegar hasta el lugar donde dejamos nuestras cosas y, luego, volver al Laja para seguir nuestro camino. A pie nos demoramos unas diez veces más que por el agua, sobre todo con ese sol abrasador que me quemaba todo el cuerpo. Miré con envidia la piel morena de Huenchulaf, que no sentía tanto los efectos del sol.

Los días pasaron sin mayor novedad. Nuestro caminar era cuidadoso y no tuvimos ningún encuentro con los araucanos, ni amigos ni enemigos.

A medida que nos acercábamos a la cordillera el terreno se volvía cada vez más abrupto, lo que nos hacía más difícil avanzar. Nunca pasamos hambre, ya que el río y la tierra eran generosos con nosotros. Conseguimos una dieta muy variada de aves, peces y frutos de la tierra.

Entramos en un corto y angosto valle, al final del cual nos detuvo una pared volcánica de unos doscientos metros de altura. Comenzamos a subir por un lado y, a la izquierda de este farellón, divisamos un gran salto de agua, cuyo origen me pareció un misterio, pues al llegar arriba descubrimos una enorme laguna de agua color verde esmeralda de la que no salía ningún río. Sus riberas rocosas exhibían sólo escasa vegetación y muchos entrantes y salientes.

—No entiendo —comenté a Huenchulaf—. ¿De dónde sale el agua para ese salto? No hay río y toda esa tierra volcánica rodea completamente la laguna.

—En mi pueblo se dice que las aguas del salto vienen del centro de la tierra, desde donde emanan para dar vida a los valles. Antiguamente la laguna era un río, pero tras una gran erupción del volcán —me dijo, señalándolo con su mano—, la lava construyó esa inmensa pared que vimos y así se formó la laguna.

Miré hacia mi derecha y me encontré con el imponente volcán. Era diferente a los demás volcanes que había visto, pues tenía su cono truncado.

El hambre nos hizo detenernos. Nos acercamos a la laguna con la intención de pescar para preparar nuestro almuerzo. Las orillas del lago estaban cubiertas por una arena volcánica, áspera y negra, y al sacarme las botas, pude sentir sus desagradables pinchazos.

No habíamos pescado nada aún, cuando divisamos un grupo de personas que caminaba hacia el lugar donde estábamos. Nos escondimos rápidamente y esperamos.

El grupo pasó muy cerca de nosotros: estaba compuesto de hombres, mujeres y niños indios.

—Iré a hablar con ellos —me dijo Huenchulaf en tono muy bajo—. Deben venir del paso y quizás sepan algo de Pelayo. Tú, quédate aquí, puede ser peligroso para tí.

—Ten cuidado tú también.

Mi amigo se acercó y durante mucho rato conversó con ellos. Me dio mucha envidia cuando vi que se sentaban a orillas del lago y se disponían a comer.

Ya atardecía cuando por fin el grupo se marchó y Huenchulaf se reunió conmigo.

—¿Qué pasó? —le pregunté ansioso.

—Eran pehuenches, que venían del otro lado de la cordillera.

—¿Sabían algo de Pelayo?

—Sí, pero me temo que no son buenas noticias.

—¡Habla, pronto! —le grité impaciente, y por primera vez me enervó la pasividad y la calma de los de su raza.

—Está bien, no te enojés! —me contestó ofendido.

—Perdona, pero estoy demasiado nervioso.

—Me comentaron que habían visto a un niño español de pelo rojo y pequeñas manchas en la cara, como de mi edad, que iba con un grupo de guerreros.

—¡Es Pelayo, no hay duda! ¿Dónde está?

—Ellos dicen que se dirigían con él a la cumbre del volcán.

—¡A la cumbre del volcán... Pero, ¿para qué?

—No lo sé, me parece extraño... La verdad es que no tiene sentido, a menos que...

—¿Qué? ¡Habla!

—Tú sabes que antes de que llegaran ustedes nos invadió un pueblo extranjero que venía desde el norte. Se asentaron junto a un río que creo que se llama Maule, y ahí se quedaron, pero algunos de ellos llegaron hasta aquí.

—Sí, ésos fueron los incas que venían del Perú. Pero, ¿qué tiene que ver eso ahora?

—Bueno, ellos tenían la costumbre de ofrecer a sus dioses la vida de personas jóvenes, especialmente de niños, cuando querían pedir algo o aplacar sus enojos.

—Pero ustedes no hacen eso...

—Nosotros no, pero algunas tribus de estas tierras aprendieron de ellos...

—No puedo creer... Si es como tú dices, entonces mi amigo está en un peligro horrible. Por favor, corramos —exclamé desesperado—. Dime, ¿cuándo lo vieron?

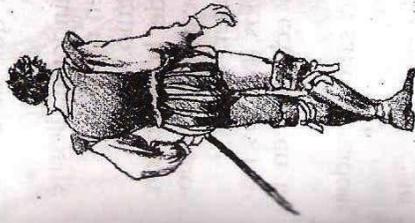
—Hace dos días.

—Entonces partamos de inmediato...

—No. Debemos esperar hasta mañana. Ya está anocheciendo y nos perderíamos en la oscuridad.

Me costó aceptarlo, pero Huenchulaf tenía razón. Me dio unas tortillas y carne seca que le habían proporcionado los indios, y que él había guardado para mí.

Buscamos un lugar protegido y nos dispusimos a pasar la noche.



Capítulo VII EL VOLCÁN

Apenas comenzó a asomar el sol detrás de la cordillera, emprendimos la marcha.

A pesar de mi impaciencia, Huenchulaf se dio el tiempo de llegar hasta el lago y llenar con agua unas bolsas de cuero.

Aunque no había vegetación, al principio la subida fue fácil, ya que el terreno tenía poca pendiente y el sol no calentaba. Pero muy pronto las cosas cambiaron. La pendiente se fue haciendo cada vez más pronunciada, la arena volcánica se convirtió en peñascos, algunos tan enormes que muchas veces los teníamos que rodear. Además, a medida que el día avanzaba, los rayos del sol se clavaban como cuchillos en nuestras cabezas y cuerpos. Pero lo peor de todo era la terrible ansiedad de enfrentar a nuestro enemigo, y la angustia de encontrar a Pelayo sacrificado a dioses paganos.

Llegó un momento en que no pudimos seguir avanzando por lo dificultoso del terreno. Estábamos exhaustos,

—Tenemos que llegar a la cima —dije jadeante, sintiendo que mi cabeza iba a estallar de calor y dolor. Los rayos de sol se habían convertido en una tortura insoportable.

—Sí... —replicó Huenchulaf—. Pero no sé cómo podríamos subir más rápido. Tenemos que descansar un momento. Y con este sol...

—Aunque tenga que subir arrastrándome, llegaré —dije al tiempo que volvía a ponerme en marcha.

Huenchulaf, a regañadientes, me siguió. Entonces comenzó la peor parte de la ascensión. En cuatro patas, agarrándonos de las rocas, arrastrándonos, a duras penas logramos llegar al cráter.

Estábamos tan cansados y adoloridos, con las manos y las rodillas sangrando, que nos echamos en la dura roca.

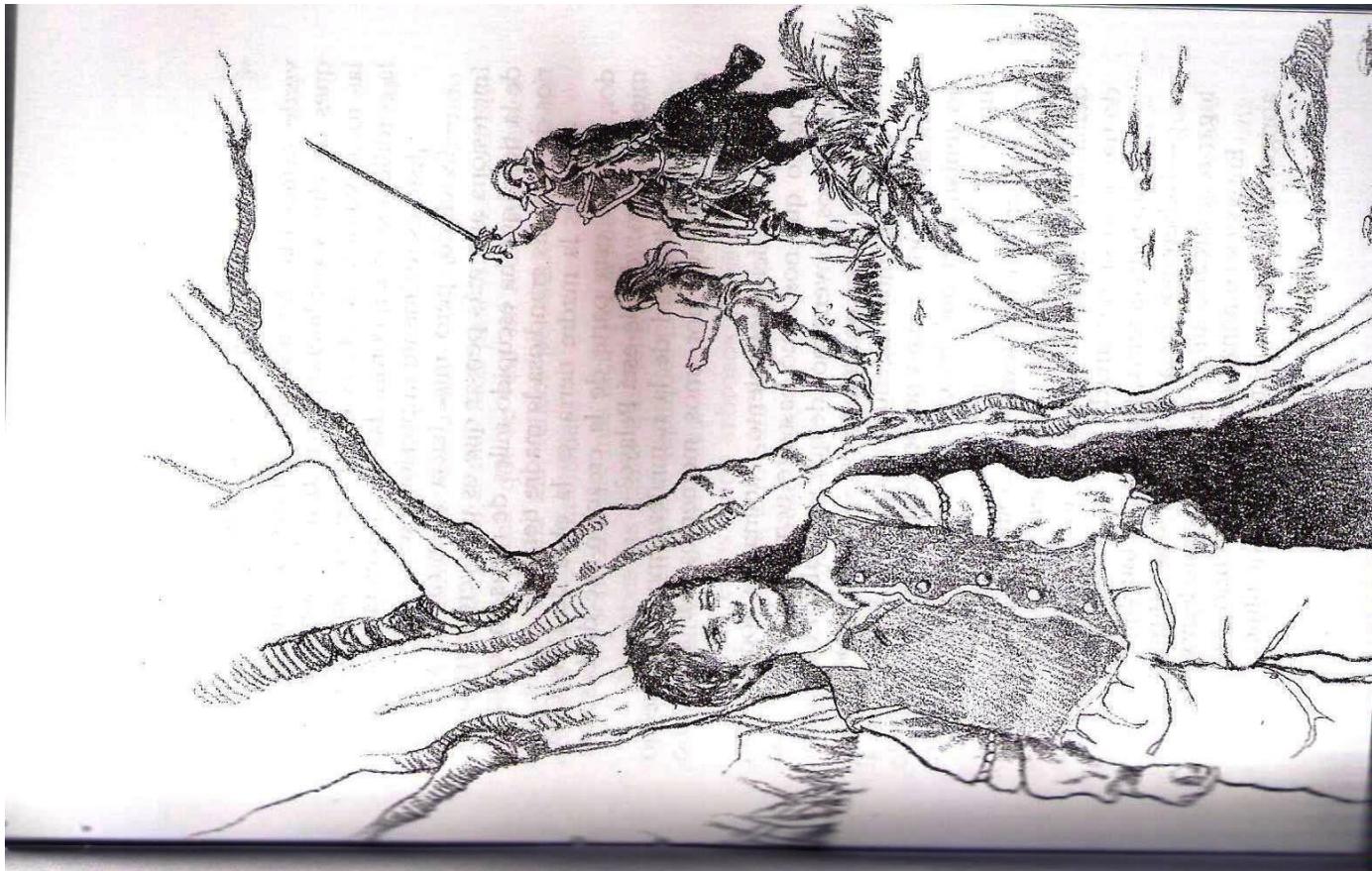
Tras un rato, nos levantamos de un salto alertados por el vuelo rasante de un cóndor.

—¡Pájaro estúpido! —grité, furioso—. Me hiciste pasar un susto horrible. Pensé que eran los secuestradores...

—No creas, no es tan estúpido... —me respondió Huenchulaf—. ¡Cómo estaremos de mal que pensé que éramos carroña! —Tras una pausa, añadió irónicamente—: Menos mal que es un animal astuto, y se dio cuenta de que aún tenía que esperar...

—Si crees que me voy a reír con tu broma, estás muy equivocado. ¡Eres macabro!

Sólo entonces miré a mi alrededor y de inmediato dejé de hablar. El espectáculo que tenía ante mis ojos era tan grandioso, que me sentí anonadado. A nuestros pies yacía muy quieta la enorme laguna de agua color



verde esmeralda. En algunos sectores, hermosos bosques de ciprés cordillerano avivaban la monotonía de las rocas volcánicas. Hacia el oriente, las montañas de la cordillera se veían coronadas por nieves eternas.

—¡Esto es realmente impresionante!

—Es cierto, pero mira hacia adentro del volcán. Impresiona aún más pensar que es una verdadera boca de la tierra que ha escupido miles de rocas en forma de ríos de lavá. ¡Es grandiosa la madre tierra!

—No es la madre tierra, es la obra de Dios Creador, aunque esta parte de la creación me da bastante miedo... Pero, ¿dónde está Pelayo?

La grandiosidad de la naturaleza me había hecho olvidar a Pelayo por unos momentos. Mi amigo no estaba allí.

A pesar del agotamiento, caminamos rodeando el cono, lo que nos tomó bastante tiempo. Ya anochecha cuando nos convencimos de que nos habían engañado.

—Esos indios nos mintieron —dije a Huenchulaf.

—Sí, fui muy ingenuo, más bien muy tonto, al creer su historia. ¿Cómo no pensé que los de mi pueblo no tenían para qué hacer sacrificios a dioses de otro lugar?

—Igual era una terrible posibilidad —dije tratando de animarlo, a pesar de que sí pensaba que había sido demasiado ingenuo—. Además, no me hubiera quedado tranquilo sin descartarla.

Cambiando el tema, Huenchulaf me dijo:

—Deberemos pasar la noche aquí. Busquemos un lugar resguardado antes de que nos quedemos sin luz.

Entonces comenzó un nuevo martirio. No teníamos abrigo, fuego para calentarnos, agua ni alimentos.

Pasamos una noche terrible, sin poder dormir, acurrucados uno con el otro ateridos de frío y desfallecidos de hambre. Pensé con sarcasmo que estábamos casi congelados en un lugar que, cuando la tierra se enoja, se convertía en el más caliente del orbe.

Apenas amaneció iniciamos el descenso, buscando desde la cima, el lugar más fácil para hacerlo. Localizamos una zona plana, que se veía sin rocas ni salientes. Nos dirigimos hacia allí, felices pensando que no tendríamos mayores dificultades.

—Esto será bastante más fácil que la subida.

—No sabes las ganas que tengo de llegar al lago. ¡Me lo beberé entero! —repliqué. El agua se nos había acabado hacía muchas horas.

—Buscaremos unos sabrosos patos y los asaremos como te gusta a ti. Será lo primero que haremos —manifestó Huenchulaf ansioso.

Bajamos con dificultad.

—Mira. Por fin llegamos a la zona lisa. Ahora descenderemos mucho más rápido.

No había terminado de decir estas palabras cuando mis pies se deslizaron por aquella arenilla que resultó extremadamente resbalosa. A Huenchulaf le sucedió lo mismo. Caímos sentados y se produjo un deslizamiento de pequeñas rocas, que nos fueron arrastrando sin que pudiéramos evitarlo. La avalancha se hacía cada vez más grande.

Fue muy rápido. Sólo recuerdo que gritaba desesperado y con los brazos trataba de protegerme la cabeza para no azotarme contra las rocas. Por fin se detuvo nuestro vertiginoso descenso. Habíamos llegado a una zona más plana, donde quedamos sepultados entre pie-

dias y arenas. Rápidamente me descubrí la cara para poder respirar. Miré hacia todos lados sin ver a mi compañero.

—¡Huenschulaf! —grité aterrORIZADO.

—Aquí estoy. ¿Estás bien?

—No lo sé. Me duele todo el cuerpo —le respondí, casi llorando de dolor.

Permanecemos un rato sin movernos para recuperarnos de la impresión. Intentamos curar las heridas que más nos sangraban, pero sin una gota de agua bien poco podíamos conseguir.

Algunos minutos después, con mucho esfuerzo, logramos llegar a la orilla del lago, donde nos tiramos de cabeza al agua para beber, refrescarnos y limpiar nuestras heridas y nuestro cuerpo.

Una vez saciada la sed y ya frescos y limpios, nos dispusimos a buscar algo de comer. Huenschulaf tomó su honda y se fue a cazar y yo a pescar.

Mientras esperaba pacientemente algún pez, pensaba en Huenschulaf: "Ojalá que haga honor a sus dotes de cazador". No fui defraudado en absoluto pues muy pronto escuché sus gritos:

—Alonso, ven a ayudarme a encender el fuego.

Tengo varias presas.

Corrí a su encuentro y mientras, con manos temblorosas no sé si por el hambre o el cansancio, yo intentaba encender la fogata, él preparaba las aves. Fue un verdadero tormento esperar a que los patos estuvieran asados.

Cuando oscureció, volvimos a usar el refugio de hacía dos noches. A pesar de que seguía preocupado por mi amigo Pelayo, y de la molestia que me producía

pensar en el engaño de los indios, estaba tan agotado que dormí de un tirón.

A la mañana siguiente, no me podía levantar por las magulladuras que tenía en todo mi cuerpo.

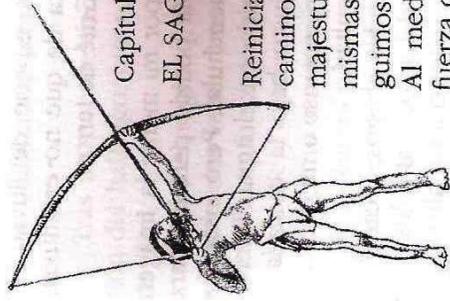
—No soy capaz de ponerme en pie —dije.

—¡Se me había olvidado! Tengo unas hierbas que me dio mi madre que nos pueden aliviar. Ve a buscar agua para hervirla con las hojas.

Luego que el agua hirvió, tomé una buena cantidad y me pareció sentirme mucho mejor y descansado.

—¿Qué hierba es ésta? —le pregunté a Huenschulaf—. Me ha caído bien y me siento muy repuesto.

—No sé su nombre, pero es muy reponedora. Eso sí que tendremos que tomarla varias veces en el día. Aunque fría no será tan buena, llevaré un poco preparada.



Capítulo VIII EL SAGRARIO

Reiniciamos la marcha, desandando el camino y pasando nuevamente ante los majestuosos saltos que brotaban de las mismas entrañas de la tierra. Luego seguimos el curso del Laja, río abajo.

Al mediodía, el sol quemaba con tal fuerza que propuse a mi amigo:

—Ahorremos tiempo y caminata, y vamos por el agua, dejándonos llevar por la corriente, como me enseñaste el otro día. Aunque no sé qué podemos hacer con las cosas para que no se mojen.

—¡Es una buena idea! Y de las cosas no te preocupes. Las envolveremos en los cueros y las llevaremos bien aseguradas sobre la cabeza.

Envolvimos rápidamente nuestros escasos pertrechos, poniendo especial cuidado en nuestras armas: las hondas, dos dagas, un hacha, un pequeño arco y las boleadoras de Huenchulaf.

Entre carcajadas, y haciendo equilibrio para no mojar las cosas, nos deslizamos por el agua. La corriente

¡Era un Sagrario! Los había visto en medio de los altares de las iglesias de Concepción. ¡Era el más hermoso que hubiera visto jamás! Estaba hecho de plata y decenas de piedras preciosas incrustadas en él: rubíes, zafiros, esmeraldas y otras que no conocía. La plata estaba bellamente labrada, haciendo unos intrincados dibujos.

Tras un rato de contemplación, y pasada la impresión del hallazgo, recordé a mi amigo. ¿Qué habría sido de él?

Cubrí el sagrario, y decidí ir en su búsqueda. Sin pensarlo dos veces, atravesé la cascada, que me empujó con toda su fuerza corriente abajo. Alcancé la orilla. Me puse de pie y comencé a buscarlo.

De él no encontré rastro, pero sí recuperé algunas de nuestras pertenencias. Me alivié al tener nuevamente en mi poder una honda y una daga para defenderme.

Pasado un rato, mi angustia creció. ¿Se habría ahogado Huenchulaf? ¿Me encontraría totalmente solo? Con verdadero terror y sin preocuparme de que mis enemigos pudieran oírme, empecé a gritar su nombre con insistencia.

Tras amargas horas y cuando casi había perdido las esperanzas, desde la orilla en que me encontraba, lo divisé. ¡Estaba justo al otro lado del río!

—¡Huenchulaf! —grité con todas mis fuerzas, para hacerme oír, ya que el ruido del río era ensordecedor.

Después de un buen rato, logré que me viera, y me gritó:

—¡Ven aquí!

—No —le repliqué energético—. Ven tú.

nos llevó río abajo con mucha fuerza. Era una sensación fabulosa. Por momentos me parecía que la corriente era cada vez más fuerte, pero no alcancé a hacer ninguna pregunta a Huenchulaf, porque, de pronto, el río desapareció, y me encontré en el aire. Comencé a caer al vacío en medio de una especie de lluvia. En cosa de segundos, me di cuenta de que no era lluvia, sino que caía por una cascada. Grité de terror:

—¡Dios! ¡Ayúdame!

Como un relámpago pasó por mi mente la imagen de mis padres... Yo no les había pedido permiso para seguir la búsqueda solo con Huenchulaf. Pero instantes después me encontraba sumergido en el agua. Intenté salir a la superficie. Lo hice justo bajo la cascada y apenas pude abrir los ojos, vi un remanso a mi derecha, hacia el cual nadé con gran dificultad.

A duras penas y entre grandes ahogos, alcancé la arena. Después de recuperarme del sofoco, abrí los ojos. Me di cuenta de que todo estaba oscuro a mi alrededor. Me desconcerté, hasta que comprendí que estaba tras la cascada, en un agujero formado en la roca. Era un gran espectáculo, pero, ¿cómo saldría de allí? Como primera medida, decidí explorar la caverna en busca de una salida, pues no me animaba a atravesar la cascada.

Poco a poco mis ojos se fueron acostumbrando a la penumbra de la cueva, y pude ver al fondo un bulto extraño que no tenía forma ni aspecto de roca. Me acerqué con las manos extendidas y, al tocarlo, pude darme cuenta de que se trataba de unos cueros de animales que protegían algo duro. Los levanté... y ahí me quedé con la boca abierta, asombrado, deslumbrado por el brillo. No podía creer en lo que veía.

MAGDALENA IRÁÑEZ / MARÍA JOSÉ ZEGERS

54

—¡No, tú!

—Yo no iré.

—Ni yo.

—Tengo algo muy importante que mostrarte. ¡Por favor, ven tú!

Finalmente se tiró al agua de mala gana, pero la corriente lo llevó bastantes metros río abajo. Corrió por la orilla para ayudarlo a salir.

—Cuando estuvo junto a mí, me dijo jadeante:

—Espero que realmente tengas algo que mostrarme. ¡Y que valga la pena!

—Ya verás.

Caminamos río arriba hacia la cascada. Mientras lo hacíamos, no le dije nada acerca de mi hallazgo, pero le conté que había recuperado algunas armas y un poco de ropa.

—Yo lo perdí todo, pero creo que lo recuperaremos río abajo. Al final, todo llega a la orilla.

—¡Esperemos que sea a la nuestra! —le dije sarcástico.

Atravesamos la cascada con bastante esfuerzo.

Huenchulaf me gritó:

—¿Adónde me llevas? Nos vamos a ahogar.

—Espera un poco y confía en mí.

Una vez en la caverna, corrí al lugar en que estaba el sagrario. Lo destapé y miré a Huenchulaf. Su rostro se demudó de asombro.

—¡Es maravilloso! ¿Qué es?

—Es un sagrario, de los que se usan en la iglesia para guardar la hostia consagrada.

—Ah, sí. Se parece un poco al que había en la capilla de la misión, pero éste brilla mucho más. El

padre decía que ahí estaba Jesús... Y, ¿qué haremos con él?

—Tenemos que sacarlo de aquí y llevarlo a Concepción.

—¿Cómo llegaría hasta aquí?

—Ahora recuerdo una historia de piratas holandeses que escuché en mi casa, que a lo mejor tiene algo que ver. Puede ser que se trate del sagrario que desapareció en las lejanas tierras brasileras hace ya muchos años. Dicen que se lo robaron piratas holandeses, y estando en Chiloé, cuando intentaban apoderarse de la isla, uno de ellos escapó con el sagrario y nunca se supo qué fue de él.

La historia que Alonso recordaba haber oído en su casa y que contó a Huenchulaf, se había convertido en leyenda. Desde fines del siglo XVI, las costas meridionales del naciente territorio chileno se veían constantemente amenazadas por temibles corsarios holandeses, que surcaban los mares en busca de riquezas, de nuevas conquistas y de rutas comerciales.

En el año 1600, Baltasar de Cordes, uno de estos corsarios, se encontraba frente a Chiloé a bordo del *Trouwe*, después de una penosa travesía desde los mares del sur.

De Cordes intentó tomar el sitio de Chiloé y debió luchar contra los indios y españoles. En un principio, logró apoderarse del fuerte, mientras los españoles se refugiaban en la iglesia. Pero no pasó mucho tiempo antes de que éstos recuperaran la ciudad de Castro y los holandeses, tras duros enfrentamientos, debieron abandonar el territorio con grandes pérdidas humanas.

Pero no todos se alejaron... Uno de ellos, aprovechando el caos y en un acto vil, robó a sus propios amigos lo más valioso del botín que habían obtenido en sus incursiones en tierras brasileñas: se trataba de un sagrario de oro, plata y piedras preciosas, hurtado de una misión católica.

A través de los misioneros y viajeros, la noticia de aquel hecho sacrilego había llegado hasta los habitantes de las ciudades chilenas. Más que un robo, aquel acto había herido en lo más profundo la fe del pueblo. Para los corsarios holandeses aquel maravilloso sagrario era sólo un objeto de incalculable valor; en cambio para los españoles se trataba de un sacrilegio.

Hasta aquí llegaba la historia que Alonso conocía. Pero lo que la mayoría de la gente no sabía, era que el holandés había logrado llegar al continente e introducirse en las bélicas tierras de Arauco. Tenía la intención de esperar que pasara la furia de sus compañeros y lo olvidasen, para regresar a Europa y disfrutar con su riqueza. Sin embargo no había contado con que uno de sus compatriotas no cejó en su búsqueda; ni tampoco con los bravos indios araucanos que acabarían con su vida.

—Nunca había escuchado hablar de esa historia —dijo Huenchulaf.

—Yo creía que era una leyenda —repliqué agitado—, pero el caso es que aquí está el sagrario, y debemos llevarlo de vuelta a una Iglesia. Ése es el lugar donde debe estar. ¿Te das cuenta de la importancia de este hallazgo?

—Debe valer mucho dinero...

—No pienses en eso. Es un tesoro de la Iglesia.

—Tienes razón, pero, ¿cómo lo sacaremos de aquí? —preguntó Huenchulaf.

—Debe pesar mucho. No creo que podamos hacerlo entre los dos.

—Alonso, ya lo sé. Hagamos una balsa y lo sacamos bien atado a ella.

—¡Buena idea! —le contesté.

Volvimos a sumergirnos en las frías aguas y alcanzamos la orilla.

Una vez en ella, nos dimos cuenta de que no teníamos nada con qué cortar los árboles para construir la balsa. Comenzamos a caminar por la orilla río abajo escudriñando entre las matas con la esperanza de hallar el hacha.

De pronto alzamos la mirada y nos encontramos frente a un pequeño grupo de personas.

—¡Pelayo! —grité al descubrir a mi amigo entre ellas.

—¡Alonso! ¿Qué haces aquí?

Cuando iba a contestarle, me di cuenta de que se encontraba con las manos amarradas. Intenté buscar mi daga, pero no alcancé a hacer ni un movimiento pues me vi encañonado con un arcabuz.

20-11-2008

Capítulo IX PRISIONEROS

Antes de que nos diéramos cuenta de lo que estaba sucediendo, un hombre muy alto, rubio y de ojos azules junto a una mujer de rasgos claramente indígenas, nos ataron con firmeza.

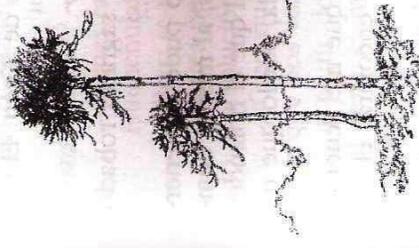
El hombre, con acento extranjero, dijo en español:

—¡Qué bien! Nuevos rehenes para salir de estas tierras inhóspitas... Pero antes, me tendréis que servir hasta que encuentre lo que estoy buscando.

Mientras decía esto, nos propinó una fuerte patada y, luego, con voz imperiosa, ordenó:

—Acamparemos aquí. Ustedes —agregó dirigiéndose a las mujeres—, preparen mi comida y un lugar para que pueda dormir.

Sólo entonces reparé en que junto a aquella extraña pareja se encontraba una niña más o menos de mi edad. Era una araucana de cabello largo azabache recogido en una trenza. A pesar de su sucia apariencia, su cara era bonita, pero tenía una triste expresión.



MAGDALENA IBÁÑEZ / MARÍA JOSÉ ZEGERS

60

Sólo cuando aquel hombre comenzó a comer, desentendiéndose de nosotros, nos atrevimos a hablar en susurros:

—Pelayo, ¿qué está pasando? ¿Quién es este hombre?

—Es un holandés llamado Oliverio de Weert. Él me compró a los indios que me raptaron.

—Pero, ¿qué busca en estas tierras?

—¿Te acuerdas de la leyenda del sagrario robado por piratas holandeses hace unos años...?

Cuando escuché estas palabras, no pude contenerme, y un grito se escapó de mis labios, al mismo tiempo que miraba a Huenchulaf. Menos mal que el holandés seguía demasiado afanado en su comida, por lo que no reparó en ello.

—¡Esto es increíble! Por supuesto que me acuerdo de esa historia. Nosotros acabamos de encontrar el sagrario.

—¿Cómo? Hemos pasado la última semana "peinando" esta zona. No nos queda milímetro por recorrer. ¿Dónde lo han encontrado?

En ese momento, un grito nos interrumpió:

—¡A callar! No quiero oír ni una palabra. Debimos esperar hasta que el hombre y la mujer se durmieran para continuar nuestra conversación. La excitación nos corroía, pero el temor era mayor.

Cuando estuvimos seguros de que estaban bien dormidos, Pelayo me dijo en un susurro:

—¿Dónde está el sagrario?

—Muy cerca de aquí, bajo la catarata.

—¡Qué ingenioso! Nunca se le ocurrirá a este canalla buscar ahí —permaneció pensativo un momento, y

continuó—: Ésta puede ser nuestra oportunidad de salvarnos.

—¿Cómo? —preguntó Huenchulaf, interviniendo por primera vez en la conversación.

—Podemos hacer un truco: nuestras vidas por el sagrario —insinuó Pelayo.

—¿Cómo le vamos a entregar un objeto sagrado a este malvado? —exclamé.

—Tienes razón —murmuró Pelayo, recapacitando. Huenchulaf interrumpió:

—Pero se trata de nuestras vidas...

Los tres permanecimos un rato silenciosos, pensando una solución, hasta que finalmente dije:

—Creo que no tenemos otra alternativa. Pero una vez que nos veamos libres intentaremos recuperarlo.

A partir de ese momento, comenzamos a estudiar cuál sería la mejor manera de plantearle el cambio a Oliverio.

—Así que son tres nuestros enemigos —dije a Pelayo.

—Sólo dos. Millaray, la niña, es prisionera al igual que yo. La compraron antes que a mí y la tratan como esclava.

—Pero, ¿cómo lo permite la mujer araucana?

—Huanguyi, que así se llama esa mujer, es peor que él. Creo que es una bruja porque pasa todo el día hablando sola y mezclando hierbas. Trata a Millaray como si fuera un animal, la pateaba y la abofeteaba sin piedad. Incluso hace unos días la quemó con agua caliente. Ella llora en silencio porque si la bruja la escucha, más le pega.

No dije nada, pero sentí una profunda pena, y pensé que no nos íbamos de allí sin Millaray.

A la mañana siguiente, apenas advertí que Oliverio había despertado, lo encaré:

—Necesito hablar con usted.

No me hizo caso, por lo que volví a insistir con una voz más fuerte.

—¡Necesito hablar con usted!

Esta vez se acercó, y sin dirigirme la palabra, me dio un bofetón.

Hizo ademán de retirarse, y volví a decirle:

—¡Necesito hablar con usted!

Entonces, se volvió a mí y gritó:

—Cállate o te doy una golpiza.

—Es muy importante para usted lo que tengo que decirle.

Tras un nuevo bofetón, replicó:

—Niño impertinente. Si vuelves a hablar te mato.

A pesar de la amenaza, grité:

—¡El sagrario!

Ante estas palabras, se acercó a mí, y en un tono un poco más suave, me dijo:

—¿Qué sabes del sagrario?

—Yo sé dónde está. Si nos libera se lo diré.

Me pareció sentir entonces los latidos de los corazones de mis compañeros de cautiverio.

—¿Cómo puedo saber que me dices la verdad?

—Yo lo encontré y lo vi con mis propios ojos.

—¿Cómo es?

—Es de plata, con muchas piedras preciosas, y tiene unos dibujos repujados.

Se acercó tanto a mi rostro, que pude sentir su fétido aliento. Entonces me dijo tomando mis ropas, en tono irónico:

—Dime inmediatamente dónde está, o lo pagarás caro.

—No se lo diré a menos que nos libere. No lo haré aunque me mate.

Comenzó a golpearnos a los tres por igual, sin que ello hiciera que soltáramos palabra.

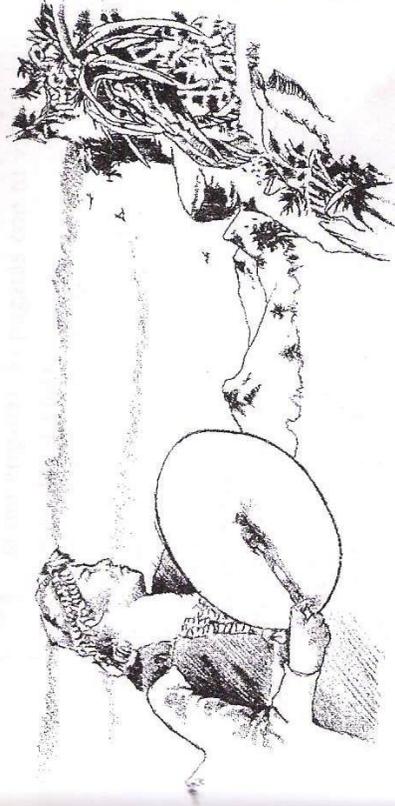
Al final, ante nuestro pertinaz silencio se rindió y dijo rabioso:

—Ustedes ganan. Lívenme donde está y los soltaré.

—¿Lo jura ante Dios? —dije con la mayor firmeza posible después de tantos golpes.

—Sí.

Luego de un rato, en el cual alcanzamos a reponernos un poco, emprendimos la marcha.



Capítulo X

EL ESCAPE

Llegamos a la cascada, y le dije a nuestro captor:

—Aquí es.

—¿Dónde? ¡Ten mucho cuidado porque si me engañas, lo pagarás con tu vida!

—En la cascada.

—¿Cómo en la cascada?

—Hay que atravesarla, y ahí está. Ya tiene lo que buscaba, ahora nosotros nos vamos.

Soltó una risotada, y dijo:

—¡Un momento, jovencito! ¿Qué te crees? ¿Que soy ingenuo o estúpido? ¡Eso serás tú! Primero debo tener el tesoro en mis manos, y después veré qué haré con vosotros.

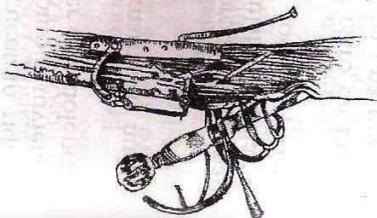
—Pero usted juró ante Dios.

—Ante tu Dios, que para mí no es nadie.

Acto seguido, dijo a Huanguyi:

—Vigíalos. Que no vayan a escapar.

—¿Por qué no llevas al muchacho para que te guíe? —preguntó la mujer.



—¡Estás loca! Puede escapar en el paso y además quiero tener el placer de admirar el tesoro yo solo, sin compañía —dijo con una expresión de avaricia en sus ojos que nos asustó a todos.

En ese momento, recordé a mi padre que me había dicho que cuando algunas personas encuentran riquezas, llegan a enfermar de ambición; es como si tuvieran "fiebre de oro", más nociva que cualquier otra dolencia física.

Nuestra cruel guardiana reforzó las amarrias de nuestras manos, haciéndonos gritar de dolor.

—¡Cállense, chiquillos del diablo!

No pude impedir que de mis ojos brotaran algunas lágrimas de impotencia. Miré a Huenchulaf y a Pelayo, y vi igual expresión de rabia en sus rostros. ¡Cómo alguien podía ser tan malvado!

Huanguyi se dirigió a un pequeño claro en busca de hierbas. De vez en cuando, nos echaba una mirada, pero muy pronto se desentendió de nosotros al sentirse segura de que estábamos bien atados.

De pronto, Millaray se acercó temerosamente a Huenchulaf, y lo desató cortando las cuerdas con una daga. Una vez liberado, la niña le pasó la daga y volvió sigilosamente a sus tareas.

Huenchulaf precipitadamente, debido a su nerviosismo, nos liberó a Pelayo y a mí. Luego nos hizo señas para que escapáramos, pero yo me detuve y le dije:

—Tenemos que llevar con nosotros a Millaray.

Me acerqué a ella, y la tomé de su mano, mientras le decía:

—Huye con nosotros.

Ella me miró con sus ojos tristes y temerosos, y me hizo una señal negativa. Le insistí, pero en ese momento apareció Huanguyi. Lanzó un grito y se abalanzó sobre nosotros.

Sin pensarlo, agarré un palo y le pegué con todas mis fuerzas en la cabeza. La mujer cayó al suelo dando un alarido. Logró levantarse y avanzar amenazante hacia nosotros. Con horror, vi que llevaba un hacha en la mano.

En ese momento, mis amigos cayeron sobre ella y entre los tres logramos reducirla y atarla firmemente a un árbol.

Huenchulaf habló con Millaray para convencerla de que nos acompañara. Mientras tanto, Pelayo y yo nos abastecimos de unos pocos alimentos, ropas y algunas armas.

Finalmente, escapamos los cuatro.

Después de alejarnos unos cuantos metros del lugar, me detuve por un instante para mirar hacia atrás, y pude ver que Oliverio salía nadando de la cascada. En pocos segundos descubriría nuestra huida. Advertí entonces a mis compañeros para que corrieran más rápido.

Al cabo de un buen rato, nos detuvimos jadeantes, y Pelayo dijo:

—Estoy muerto de cansancio. O descanso y como algo o desfalleceré.

—Todos estamos así, pero si nos detenemos, Oliverio nos puede alcanzar —le respondí.

—Lo conozco bien, no te preocupes —replicó Pelayo—. En este momento su interés es el sagrario. Cuando logre sacarlo, desatará su furia contra nosotros, pero no antes. Ha estado demasiado tiempo tras ese tesoro, y

puedes estar seguro de que no se apartará de él para perseguirnos.

Más tranquilos, entre los cuatro armamos un pequeño campamento y nos dispusimos a comer con avidez las escasas provisiones que habíamos logrado arrebatat a nuestros captores.

Tras un breve descanso, dije a Pelayo:

—Bueno, ahora puedes contarnos con calma qué te ha sucedido desde que te raptaron en Concepción.

—Es una larga historia. Todo comenzó un día en que sorpresivamente un grupo de indios llegó hasta nuestra casa para asaltarnos. Amenazando de muerte a los sirvientes, entraron al salón donde yo me encontraba solo. Mientras unos se dedicaban a robar algunas cosas, otros me tomaron a mí. Me ataron y me taparon la boca con un paño para que no pudiera gritar, y me llevaron a toda carrera con ellos.

—Y tu padre, ¿no pudo ayudarte?

—Esa tarde mis padres no estaban en casa. Papá estaba en los astilleros y mamá había salido de visita.

—¿Dónde te llevaron?

—Nos alejamos de la ciudad y nos internamos en el bosque. Anduvimos varios días entre medio de la espesura. Incluso, un día nos encontramos con una cuadrilla que me buscaba. Pasaron muy cerca de nosotros, pero como estaba amordazado, no pude hacer ni el menor ruido. ¡No te imaginas mi impotencia y desesperación! Los caballos se acercaron tanto que casi los podía tocar, pero no me vieron.

—¿Qué rabia! —dije.

—Después de eso, perdí todas las esperanzas, hasta que nos encontramos con Oliverio y esa bruja de mujer que lo acompaña.

—A lo mejor te hiciste ilusiones de que te liberarían...

—¡Claro! Eso pensé, pero no sabía que estaba por comenzar lo peor. Cuando mis captores vieron a Oliverio, quisieron matarlo, pero se atemorizaron al ver a Huanguyi.

—¿Por qué? —preguntó Huenchulaf.

—Porque ella es una especie de machi.

—¡No puede ser! —exclamó Huenchulaf—. Nuestras machis son buenas, su magia sana y ayuda a curar los males.

—Sí, lo sé, pero ésta es mala. Me tocó ver en algunos poblados que hasta las machis verdaderas le tenían miedo.

—¿Y qué sucedió entonces?

—El holandés me compró como esclavo, y me trató mucho peor que los indios.

—¿Y para qué te compró?

—Siempre dijo que yo era su "pasaje de vuelta". Su obsesión era encontrar el sagrario y volver a su país como un hombre rico.

—No entiendo para qué le servirías tú —dijo Huenchulaf.

—Una vez con el tesoro en la mano, y nuevamente en territorio español, me usaría para poder salir del país. Fueron días horribles. Lo único bueno era Millaray. Cuando no la veían, ella me trataba bien y me daba algo de comer.

Cuando la nombró, me acordé de la niña, que permanecía silenciosa a nuestro lado, y le pregunté:

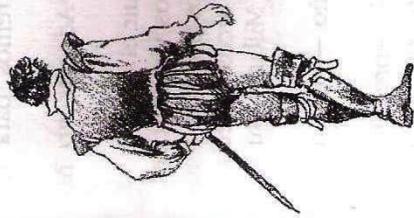
—¿Y por qué estabas tú con Oliverio y esa bruja?

—También a mí me compraron como esclava, pero hace mucho más tiempo.

—¿Cómo puede ser que alguien de tu pueblo te haya vendido?

—Mis padres pertenecían a un grupo aliado con los españoles, incluso a mí me bautizaron con el nombre de Teresa. En un ataque, mis padres murieron y a mí me tomaron prisionera.

Permanecimos callados al oír estas palabras. Me dieron ganas de protegerla, y volví a prometerme a mí mismo que, una vez que regresara a casa, me preocuparía de ella y no dejaría que nunca más alguien la hiciera sufrir.



Capítulo XI

ENCUENTRO INESPERADO

Después de comer, descansamos un poco ocultos bajo unos árboles. Intenté dormir para recuperar las fuerzas, pero me fue imposible. Me remordía la conciencia haberle pegado a una mujer. Trataba de justificarme, con el argumento de que Huangyi era muy mala, pero igualmente volvían a mi cabeza las palabras de mi padre. Él siempre me decía que jamás un hombre debe pegar a una mujer; “quien lo hace —me advertía— es un cobarde”.

Al cabo de un rato, Pelayo preguntó:

—Alonso, ¿estás dormido?

—No.

—¿Qué haremos ahora?

—Ir tras el holandés para rescatar el sagrario —le dije, resuelto.

—Pero, Alonso, ¡quiero volver a mi casa! Me imagino la angustia de mis padres. Sé que es importante rescatar el sagrario de manos infieles, pero, ¿crees que

podremos arrebatarlo a Oliverio? Y si lo lográramos, ¿cómo lo vamos a llevar? Es demasiado grande para nosotros.

—Tienes razón —dije y, pensando un poco, agregué—: Si quieres, tú y Millaray pueden regresar a Concepción. Huenchulaf y yo nos quedaremos para no perderle el rastro y rescatarlo.

—No, Alonso. Solo no podrás... Además yo no conozco el camino de regreso.

—Es facilísimo. Sólo tienes que seguir el río... No pude acabar la frase, cuando nos vimos rodeados por un grupo de araucanos, que nos miraban feroces y amenazantes con sus boleadoras, arcos y flechas. Pero, cuando vieron a Huenchulaf y a Millaray, su expresión amenazante se relajó.

—Somos amigos, no nos hagan daño —gritó nuestro amigo y aliado en su lengua.

—¿Qué hacéis con esos españoles? —preguntó el jefe del grupo, en un castellano tan bueno que a Pelayo y a mí nos llamó la atención.

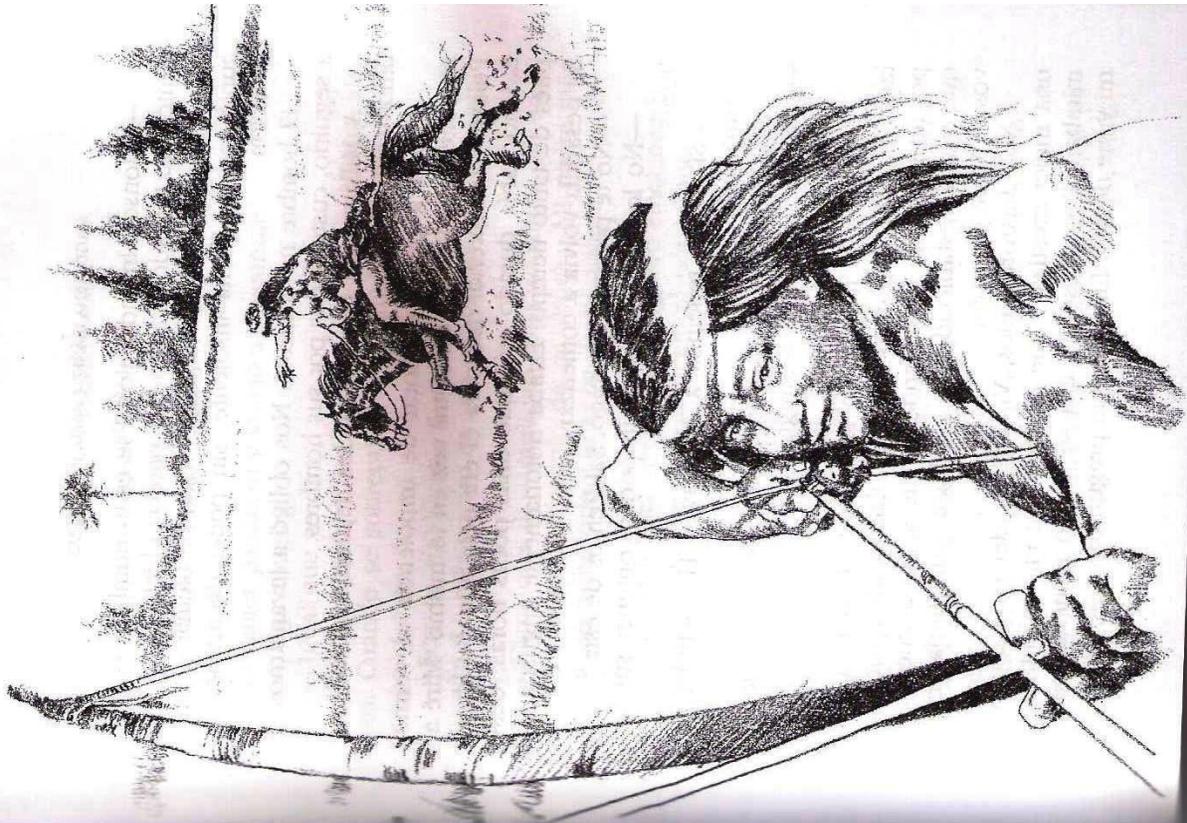
—Ellos liberaron a Millaray de manos de un holandés que la retenía como esclava —dijo Huenchulaf, sin mentir, contando sólo la parte de la historia que nos era favorable ante los ojos del indio.

—Sí, es verdad. Ellos me salvaron —añadió Millaray tímidamente.

—Bien. Vosotros me serviréis para conseguir un buen rescate —dijo el indio y, luego, nos preguntó—: ¿Cómo os llamáis?

—Yo soy Pelayo Ruiz.

—Y yo, Alonso Almendralejo —respondí, enfadado de sentirme nuevamente prisionero.



—¿Alonso Almendrajejo? ¿Ése es tu nombre? —preguntó algo turbado el indio que parecía el jefe.

—Ése es mi nombre. ¿Tiene algún problema? —pregunté casi en forma insolente, sin poder disimular mi irritación.

El hombre no contestó. Nos obligó a levantarnos y a seguirlo, custodiados por sus hombres.

A Millaray y a Huenchulaf los dejaron marchar sin tanta vigilancia.

Estaba a punto de llorar de impotencia al verme prisionero. ¡No podía ser! Otra vez en lo mismo. Miré a Pelayo y comprendí que para él era peor aún. Su libertad no había durado más que unas pocas horas, después de tanto tiempo. Estaba notoriamente angustiado. Su pesadilla volvía a comenzar.

—No te preocupes, amigo. Saldremos de ésta.

—No lo creo —replicó sin poder contener sus sollozos.

—Sí, ahora tenemos a Millaray y Huenchulaf de nuestro lado.

—¿Crees tú que estando a salvo y con su gente seguirán siendo nuestros amigos?

—Te lo puedo asegurar.

Seguimos la marcha en silencio, y después de un largo trayecto llegamos a un poblado indio, formado por un grupo no muy grande de ruca. Me di cuenta de que estaban establecidos en ese lugar, pues tenían cultivos de maíz y porotos.

Nos dejaron atados. Vi que el líder se acercaba a una mujer mestiza y que discutía con ella mientras me miraban. Poco después, ella se acercó resueltamente a mí y me desató. Entonces me preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Alonso Almendrajejo.

—¿Cómo se llama tu padre?

—Diego.

La mujer palideció y volvió a preguntar:

—¿Y tu abuelo?

—Igual que yo.

Ella se sentó en una piedra y se le nublaron los ojos. Cuando se sobrepuso, se levantó y me abrazó al tiempo que me decía:

—Soy tu tía Elvira. Aunque aquí mi nombre es Curipán. Lo más seguro es que nunca hayas oído hablar de mí.

—¡Claro que sí! —repliqué emocionado—. Tú eres hija del primer matrimonio de mi abuelo. Mi padre me ha contado tu historia y la pena de mi abuelo de haberte perdido.

—¿Tu abuelo está vivo? —me preguntó emocionada.

—Sí, pero vive en la zona central por lo que lo he visto muy poco.

—Me debe odiar por haberlo abandonado.

—Nada de eso, al contrario. Según mi padre, siempre te recuerda con mucho amor —dije callando el hecho de que no tuviera muy buena opinión del hombre con quien había huido, y pregunté—: ¿El que nos apresó es Llancañir, tu marido?

—Sí —contestó con una expresión en la que adiviné el agrado de que yo supiera cómo se llamaba—, él es el lonko de esta comunidad.

—¡Qué suerte haberme acordado de su nombre!”, pensé.

En ese momento, una niña un poco mayor que yo se acercó. Tomándola de la mano, Elvira me la presentó:

—Es mi hija, Sayen María. Es tu prima. Era una niña de rasgos suaves y piel morena. Me impresionaron sus ojos verdes. En ese momento recordé que mi bisabuela era famosa por sus ojos color esmeralda. En Sayen María se había mezclado perfectamente lo mejor de la raza india con lo óptimo de la española.

Le di un beso tímido en la mejilla, y me atreví a pedir a mi tía:

—¿Podemos desatar a mi amigo Pelayo?

—Claro que sí, pero tienen que prometerme que no van a escapar.

Una vez liberado, nos sentamos y fuimos agasajados con una abundante cena. Mientras comíamos, le contamos a mi tía y a mi prima todas nuestras aventuras, esta vez sin verdades a medias.

Elvira, al escuchar acerca del sagrario, se emocionó y nos dijo:

—¡Quisiera ayudar a rescatarlo!

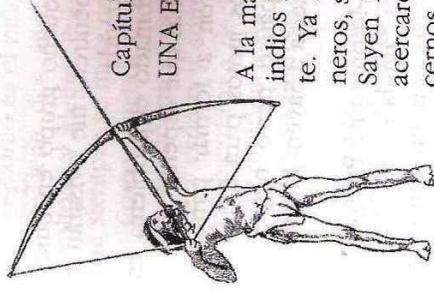
Al ver nuestra cara de asombro, continuó:

—A pesar de lo que quiero a mi marido, y de que este pueblo es mi hogar, todos los días echo en falta la religión en la cual me eduqué de niña. Aquí apenas vemos misioneros. En una ocasión vino uno y bautizó a Sayen María. Comprendo la importancia de que la casa de Cristo vuelva al lugar que le corresponde.

—¿Cómo nos puedes ayudar? —dije entusiasmado al ver una esperanza.

—No lo sé. Mañana hablaré con Llancañir. Pero ahora es muy tarde y debemos dormir.

Nos acomodamos para descansar, felices de tener posibilidades de cumplir nuestros planes.



Capítulo XII

UNA ESPERA ACCIDENTADA

A la mañana siguiente, la actitud de los indios hacia nosotros era muy diferente. Ya no éramos considerados prisioneros, sino amigos.

Sayen María, mi prima, y Millaray se acercaron a nuestro grupo para ofrecernos algo de comer y se quedaron acompañándonos.

—Siempre mi madre me hablaba de su familia. Los veía tan lejanos que nunca pensé que llegaría a conocerlos —me comentó Sayen.

—¿No te gustaría vivir entre nosotros? Tienes sangre española.

—No, ni pensarlo —dijo con expresión recelosa—. Aunque mi abuelo sea español, ellos le hicieron mucho mal a mi padre cuando lo tomaron prisionero.

Ante este argumento, no tuve más que decir:

En ese momento, se acercaron Llancañir y tía Elvira.

—Curipán me ha contado tu historia —me dijo Llancañir—. Yo respeto a tu familia, que es la de Curipán.

pán, y también respeto su religión. Por eso los ayudaré. Además, rescataron a Millaray del peor destino que se puede tener, de la esclavitud.

—¡Oh! ¡Gracias, muchas gracias! Para nosotros es muy importante... ¿Y cómo cree que podremos lograrlo?

—Ya he mandado a un pequeño grupo en busca del holandés, y apenas lo encuentren, me avisarán e iremos a darle el gran susto de su vida.

Como los mayores habían tomado el problema en sus manos, no nos quedó nada más que esperar.

Mi prima y Millaray pasaron a formar parte de nuestro grupo. Los cinco íbamos juntos para todos lados, acompañados de un simpático perro negro sin raza, llamado Ñanco, que pertenecía a Sayen. Ella sentía un enorme cariño por su perro.

—¿Qué significa "ñanco"? —le preguntó Pelayo.

—En nuestra lengua significa "águila".

—¡Qué original! —dijo Pelayo con un tono algo irónico.

—No te rías. Es el perro más fiel que existe y tiene el coraje de un águila. Si te burlas de él se dará cuenta y vas a probar lo fiero que puede llegar a ser —y dirigiéndose al perro, le dijo—: Ñanco, defiéndeme.

Acto seguido, Ñanco se acercó a su dueña con los ojos clavados en Pelayo, y gruñó en forma amenazante. Pelayo dio unos pasos hacia atrás, y disimulando su temor, le dijo:

—Es un estupendo nombre para un perro tan leal y simpático.

Sayen le hizo un gesto, y el perro volvió a su calma habitual.

La tranquilidad de la espera se vio interrumpida por los gritos afligidos de una mujer. Llamaba desesperada a su pequeño hijo. Al principio, nadie se alarmó, pero al rato, el pueblo entero comenzó a buscarlo. Nosotros también nos incorporamos a la búsqueda.

—¿Cómo es el niño? —pregunté a Sayen.

—Tiene dos años y se llama Aucamán. Es muy revoltoso y alegre. Puede estar en cualquier lugar, por que siempre se mete donde no debe.

Como muchos lo estaban buscando en el poblado y sus alrededores, nos internamos en el bosque. El lugar era espeso y sombrío; además, ya caía la tarde y la luz comenzaba a declinar.

Nos dividimos en dos grupos: por un lado Pelayo, Sayen y su perro y por el otro Huenchulaf, Millaray y yo.

Recorrimos el lugar sin resultado, y cuando apenas quedaba luz, decidimos regresar. En el poblado todo parecía normal, por lo que nos dimos cuenta que el niño había aparecido.

Nos dirigimos hacia la ruca de mi tía para ver si Pelayo y Sayen habían regresado.

Fue una gran sorpresa encontrar a Pelayo recostado sobre unas mantas con los ojos cerrados y mi prima y mi tía a su lado curándole una pierna.

—¿Qué ha pasado?

—Pelayo encontró a Aucamán. Pero resultó herido al rescatarlo.

En eso, Pelayo abrió los ojos, y se incorporó.

—¡No sabes la aventura que he tenido! Ahora soy un héroe.

—¿Qué hiciste?

—¡Vamos con Sayen y mi buen amigo Nanco, cuando de pronto éste se puso a ladrar. Lo seguimos y encontramos al pequeño dentro de una trampa para pumas.

—¿Y cómo es una trampa para pumas? —pregunté curioso.

—Es un gran agujero, que en su interior contiene varas verticales de quilas muy afiladas en sus extremos.

—¿Y quién coloca algo tan peligroso en medio del bosque?

Aquí fue tía Elvira quien contestó:

—Más peligrosos aún son los pumas que rondan estas tierras. Ahora tienen suficiente comida, pero en invierno rondan el poblado lo que es muy riesgoso. Además, la carne de los pumas es muy rica y constituye parte importante de la dieta de nuestro pueblo junto a los guanacos y huemules.

—Bueno, ¿puedo continuar con mi historia? —Sigue, pero no nos aburras mucho —contestó Huenchulaf, algo celoso del protagonismo de Pelayo.

—El pequeño lloraba desconsoladamente, y junto a Sayen buscamos un palo largo y flexible. Ella lo sujetó fuertemente y yo bajé por él, pero tuve la mala suerte que una de aquellas quilas afiladas me hizo un profundo tajo en la pierna. Además, en aquel agujero había decenas de ratones que comenzaron a mordirme, atraídos por la sangre que manaba de mi herida. —Y con voz aún más orgullosa, agregó—: A pesar de todo, saqué al niño del pozo y con gran esfuerzo, lo trajimos hasta aquí.

Millaray y yo lo felicitamos efusivamente por su valentía. Mi amigo indio permaneció callado.

Salimos de la ruca Huenchulaf y yo.

—Alonso. Tengo algo que decirte.

—¿Qué sucede, amigo?

—Ya cumplí con mi misión. Hemos rescatado a Pelayo y creo que aquí estás a salvo. Esta gente te ayudará a recuperar el sagrario que tanto significa para tí. Por eso, yo regresaré con mi familia mañana mismo.

—No, Huenchulaf, no puedes irte ahora.

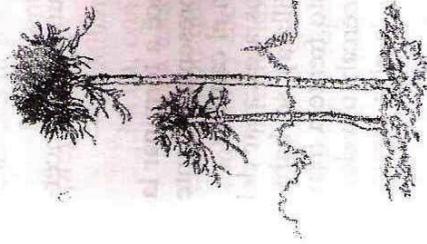
—Ya estás con tu amigo, a mí no me necesitas —dijo con voz algo triste.

—¡Estás loco! Hemos vivido muchas cosas juntos y sigo necesitándote. ¿Te das cuenta de que sin tu ayuda no hubiera podido encontrar a Pelayo y lo más seguro es que yo hubiera muerto? —Y mirándolo a los ojos, agregué—: Te lo pido por favor, no te vayas.

Se quedó en silencio un momento, y dijo:

—Está bien. Me quedaré, pero sólo por tí.

Con estas palabras, comprendí que era Pelayo quien no le caía muy bien. ¿Estaría algo celoso de él?



Capítulo XIII

CABALLOS SALVAJES

Al día siguiente, las mujeres del poblado nos sorprendieron con un pequeño festín en agradecimiento por el rescate de Aucamán.

Cada mujer llegó al lugar de la reunión con algo preparado, por lo que se juntó gran cantidad de comida.

Asaron un guanaco y prepararon maíz, papas, porotos y ají. Además llevaron un rico pan que llamaban "kofkekura". Me explicaron que lo hacían con harina de piñones y lo amasaban sobre una piedra. La bebida consistía en un brebaje de manzanas fermentadas, llamado chicha, que resultó ser muy embriagador. Además había "mudai", una bebida preparada también con piñones.

Entre varios trasladamos a Pelayo para que participara en esta verdadera fiesta.

Los niños comenzaron a jugar chueca, un juego de pelota típico de los araucanos, y muy pronto nos incorporamos Huenchulaf y yo. Mi amigo resultó ser un verdadero experto. Cuando acabó el partido, to-

84
 dos los niños lo rodearon y lo felicitaron. Le propusieron jugar de nuevo y ambos equipos se peleaban su participación. Por mi parte, preferí reintegrarme a la fiesta.

Estaba conversando animadamente con Millaray y Sayen, cuando de pronto se escuchó un ruido cada vez más fuerte y la tierra comenzó a temblar.

—¿Qué pasa? ¿Qué es esto? —pregunté desconcertado.

—¡Un terremoto! —gritó Pelayo.

—No es un terremoto... —No alcancé a terminar la frase, cuando cinco caballos salvajes se presentaron ante nosotros, arrasando todo lo que había en el camino.

Fue tan rápido, que apenas atinamos a escapar del lugar. De pronto vi con horror que Millaray se había quedado como petrificada de miedo, justo frente a frente a los caballos desbocados que se acercaban velozmente. Si no hacíamos algo de inmediato, la niña moriría aplastada.

Casi sin pensar corrí hacia ella y la empujé con todas mis fuerzas, logrando dejarla fuera del alcance de los caballos. Pero no fui lo suficientemente rápido, pues a mí me llegó una fuerte patada que me dejó inconsciente.

Desperté en el interior de una ruca que no era la de mi tía. Una mujer vieja, instalada muy cerca de mí, agitaba unas ramas sobre mi cuerpo, al tiempo que emitía un canto monótono. Luego supe que era una machi que, con ramas de canelo, el árbol sagrado de los mapuches, procuraba volverme a la vida, aplicando su ciencia.

Pero en ese momento fue tal mi impresión al verla, que se me escapó un grito de miedo:

—¡Has despertado, Alonso! ¡Gracias a Dios! —
 Era la voz de mi tía. Sólo entonces me percaté de su presencia, justo detrás de la machi.

—Tía Elvira, ¿qué me están haciendo?

—No te preocupes, nuestra machi es muy buena y gracias a sus cuidados y plegarias te has sanado. Esos caballos te podrían haber matado.

Recién entonces recordé lo que había pasado, y pregunté:

—¿Y Millaray? ¿Está bien?

Mi tía, con una sonrisa, me contestó:

—Ella está bien y muy agradecida de ti. Claro que el empujón que le diste, dejó sus huellas. Está bastante adolorida y moreteada.

Intenté levantarme, pero fui incapaz, y tuve que estar todo ese día recostado para recuperarme del machucón, y soportando los fuertes olores a hierbas de la ruca de la machi.

Cuando me levanté al día siguiente, me encontré con un gran alboroto en el poblado. En el corral donde antes había algunas llamas, vi ahora dos caballos. Un grupo de indios intentaban domarlos.

Al verme aparecer, mis amigos me rodearon, felicitándome por mi hazaña. Millaray, tímidamente, me dio un beso en la mejilla.

—Gracias, Alonso —me dijo suavemente.

Sentí que mi cara comenzaba a arder de vergüenza, pero a la vez me invadió una gran emoción por haber recibido aquel beso.

—No tienes por qué darme las gracias. Cualquiera habría hecho lo mismo —dije, tratando de ocultar mi turbación.

—No creo que lo hiciera cualquiera... En todo caso, fuiste tú y me salvaste la vida.

Pelayo cortó la escena.

—Alonso —me dijo—, mira, están domando los caballos que lograron apresar. Son expertos y es muy divertido ver cómo lo hacen. ¿Vamos a preguntarles si nos dejan probar?

—¡Estás loco! ¡Estoy todo molido!

—Pero, mira. Es fascinante —dijo agarrándome de la ropa para que lo siguiera hacia el corral.

Realmente me impresionó su destreza en la doma-dura, sobre todo al pensar que no hacía mucho tiempo que los araucanos conocían el caballo.

Pelayo estaba excitadísimo con la faena, y molestó a los hombres hasta que lo dejaron intentar. Dos indios lo ayudaron a montar en pelo sobre el caballo. Pero no duró dos segundos y cayó bruscamente al suelo. Intentó poner cara de dignidad mientras se levantaba con dificultad y abandonaba el corral.

A partir de ese momento, fuimos dos los maltrechos. Debimos quedarnos pacíficamente sentados bajo un árbol viendo la entretenida domadura.

Al atardecer, regresó el grupo que había salido en busca de Oliverio. Estuvieron un rato conversando con Llancañir. Nos moríamos de curiosidad por saber qué estaba sucediendo.

Finalmente, el lonko se acercó a nosotros y dijo:

—Han encontrado al holandés. Está muy cerca de aquí. Su marcha es muy lenta porque lleva el sagrario a sus espaldas. Esta noche lo atacaremos y recuperaremos el tesoro.

—¡Nosotros también vamos! —gritamos los tres al unísono.

—No. Ustedes se quedarán aquí.

—Por favor, usted sabe lo importante que es para nosotros.

—De ninguna manera. Prometí a Curipán, tu tía, que no los expondría a ningún peligro.

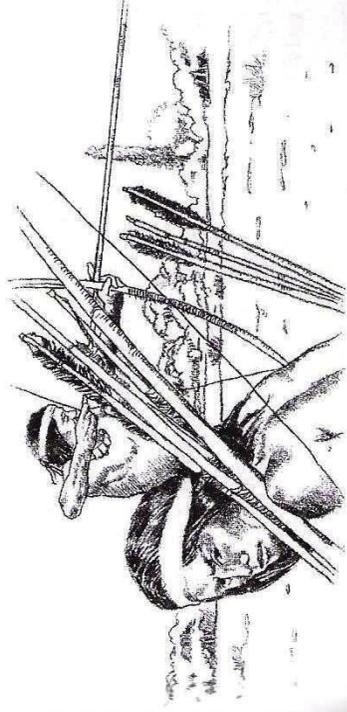
A pesar de nuestras súplicas y ruegos, el hombre permaneció inflexible, por lo que apenas se separó de nosotros, envalentonado, murmuré muy bajo, pero en tono resuelto:

—Yo iré. ¿Quién me acompaña?

—Ese hombre es un malvado, un ladrón y un traidor; además ha sido el causante de los más amargos momentos de mi vida. Quiero ayudar a capturarlo, para que sea castigado como se merece. ¡Yo voy! —exclamó Pelayo.

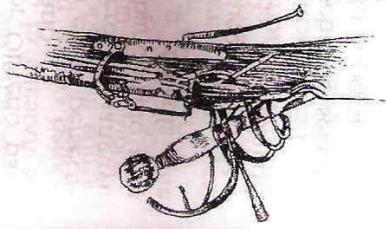
—Yo también voy. Alonso es el mejor amigo que he tenido en mi vida, y sé lo que esto significa para él —exclamó Huenchulaf.

Sus palabras me llegaron muy profundo. Estaba seguro de que en él tenía a un gran amigo. Así, sin dudarlo, los tres emprendimos de inmediato esta aventura, que sería tan peligrosa como emocionante.



Capítulo XIV

EL RESCATE DEL SAGRARIO



Esperamos que el lonko y sus hombres se internaran en la espesura y los seguimos sigilosamente, intentando mantener una distancia prudente para no delatarnos, procurando, a la vez, no perderlos de vista.

Era muy difícil engañarnos, acostumbados como estaban a distinguir cada sonido del bosque. Y nuestros pasos resonaban, por más que intentáramos evitarlo.

De pronto, los indios se dispersaron, y vimos cómo comenzaron a rodear un pequeño claro. Nos dimos cuenta de que se trataba del lugar donde acampaba Oliverio.

Un estallido rompió el silencio del atardecer. Nos acercamos tanto como nos fue posible y pudimos ver al holandés y a su mujer disparando sus arcabuces, en respuesta a las flechas que los indios les habían lanzado.

No cabía duda de que Oliverio estaba preparado para un ataque, pues respondió con celeridad. Había

construido un cerco de madera, y estaba escondido tras él. Su mujer, Huanguyi, a una velocidad sorprendente, recargaba los tres arcabuces que disparaba el holandés.

Las flechas de nuestros amigos resultaban inofensivas en aquellas circunstancias, por lo que Llancañir ordenó replegarse.

Ese momento fue aprovechado por Oliverio para escapar por el bosque, cargando el sagrario.

Al darse cuenta, los indios salieron en su persecución, pero tuvieron que enfrentar primero a Huanguyi. A pesar de que el holandés la había abandonado a su suerte, ella se defendía como leona e impedía que persiguieran a aquel mal hombre.

Finalmente la lograron reducir y, luego de atarla a un árbol, reemprendieron la búsqueda del holandés que había desaparecido.

—¡Qué tontería hemos hecho! Debimos seguir a Oliverio en lugar de quedarnos mirando la pelea —dijo Pelayo.

—Vamos de inmediato —dijo Huenchulaf—. No puede ir muy rápido con ese peso en sus espaldas.

Sin tomar ninguna precaución, corrimos en la dirección en que lo habíamos visto desaparecer... Al poco rato, nos encontramos frente a frente de Llancañir.

—¿Qué hacen aquí? ¿No les dije que se quedaran con las mujeres?

No supimos qué contestar, pero como él no estaba dispuesto a perder a su presa, sólo nos hizo un gesto de reconvención y nos indicó que lo siguiéramos.

Al poco rato, los hombres se detuvieron alertas. Nos hicieron señas para que nos mantuviéramos en silencio. Sin movernos, miramos por entre los árboles

y pudimos ver al holandés sentado en un tronco, exhausto.

—Esta vez no se nos escapará —dijo el lonko, en un susurro.

Acto seguido, uno de los indios cogió un lazo y lo lanzó en torno al cuerpo de Oliverio. Éste, al verse prisionero, dio un alarido e intentó zafarse del lazo que le rodeaba el cuerpo, impidiéndole mover los brazos. Quiso correr, pero al hacerlo la cuerda resbaló hacia arriba ajustándose alrededor del cuello. El tirón que se produjo fue tan violento, que con verdadero horror vimos cómo se apretaba la cuerda...

A pesar de nuestros gritos, el indio que había lanzado el lazo tiraba hacia él y Oliverio, en su desesperación, tiraba hacia el lado contrario, mientras pudo... Fue una muerte horrenda.

Permanecimos callados ante tan terrible espectáculo. A pesar de todas sus maldades, fue demasiado impresionante verlo morir así.

—Hemos recuperado el sagrario —dijo Llancañir—. Ahora pueden volver con su gente. Yo ya he cumplido con Curipán, por lo que espero que se marchen pronto para recobrar nuestra tranquilidad.

Quedé impresionado ante estas palabras. A él parecía no importarle la muerte de Oliverio. Me di cuenta de que mi padre tenía razón y de que aún había mucho resentimiento y rencor en él hacia nosotros. Sólo nos había ayudado movido por el gran amor que le tenía a su mujer.

Aunque la actitud de Llancañir me hizo sentir algo amilanado, me atreví a decir:

—No podemos dejar a este hombre así. Debemos enterrarlo.

El lonko dio una orden a sus hombres, quienes rápidamente cavaron una pequeña fosa, pusieron allí a Oliverio y luego lo taparon. Mientras tanto, nosotros armamos una cruz y la clavamos en la tierra sobre la tumba. Pelayo y yo rezamos una oración por su alma.

Dos indios se hicieron cargo de transportar el sagrario y llevarlo hasta el poblado.

Pasamos por el claro en que había quedado atada Huanguyi. Ella ya no estaba. Quizás cómo, había logrado zafarse de sus amarras y huir sin dejar rastros.

Era ya de noche cuando llegamos al poblado, de manera que pernoctamos allí y, a la mañana siguiente, bien provistos de alimentos y, con el sagrario bien atado sobre el lomo de una llama, nos dirigimos hacia el río. El plan era hacer lo que había hecho mi padre: construir unas balsas y navegar río abajo.

Hacia el mediodía, todo estaba preparado para embarcarnos. Y en eso estábamos, cuando tía Elvira dijo:

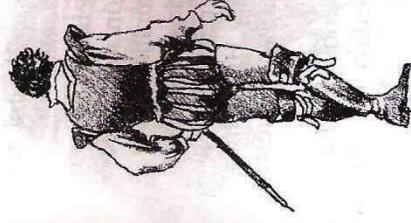
—Yo iré con ustedes. Quiero ver a mi familia y llevaré conmigo a Sayen María.

No alcancé a decir nada, pues escuché una voz que preguntaba tímidamente:

—¿Puedo ir yo también?
Era Millaray. Y, entre sollozos, agregó que no quería quedarse sola.

—No te preocupes —le contestó tía Elvira, abrazándola—. A partir de ahora, serás también mi hija. Y por supuesto, puedes venir con nosotras. Ya eres parte de la familia.

Entonces emprendimos la navegación hacia Concepción.



Capítulo XV

VUELTA A CASA

El viaje comenzó en forma tranquila. Nos distribuimos los seis en la balsa para no descontrapesarnos. En un comienzo nos costó mantener el rumbo, pero muy pronto éramos unos expertos.

De pronto vimos acercarse una canoa a toda velocidad.

—¡Alertas! —exclamé—. Esa embarcación se acerca demasiado rápido hacia nosotros. Me parece que es un indio.

Pelayo y Huenchulaf alcanzaron a tomar los arcos, cuando escuchamos una potente voz que llamaba desde la canoa:

—¡Curipán! ¡Curipán!

Era Llancañir.

Sayen María y mi tía se pusieron de pie con tanto entusiasmo y alegría que la balsa comenzó a tambalearse y, por poco, nos volcamos.

Después de una maniobra algo difícil, logramos juntar las embarcaciones y Llancañir pudo saltar a nuestra balsa.

—¿Qué haces aquí? —preguntó mi tía Elvira a Curipán.

—No quiero que mi mujer y mi hija corran ningún peligro. Este trayecto no es seguro. Por eso decidí acompañarlas —dijo y, después de un silencio, agregó—. Además, después de conocer a este muchacho, quiero que mi hija conozca también a sus tíos... Y será un buen momento para olvidar rencores.

Mi tía lo abrazó emocionada mientras Llancañir permanecía tieso; pero en su severa expresión me pareció ver el inmenso cariño que sentía por su familia.

La compañía de mi tío fue un alivio para todos. Con su protección, ahora sí que nos sentimos seguros. Para no sobrecargar la balsa, Pelayo y Huenchulaf se trasladaron a la canoa que iba atada a nuestra embarcación.

Al día siguiente, tuvimos que separarnos de Huenchulaf y dejarlo con su gente. La despedida fue muy triste para mí y creo que para él también.

—Te voy a echar mucho de menos —le dije emocionado—. Has sido el amigo más fiel que he tenido y gracias a ti fui capaz de continuar buscando a Pelayo.

—Tú también eres un gran amigo para mí.

—Espero volverte a ver pronto, y muchas veces. En mi casa serás siempre bien recibido. Te debo la vida y eso nunca lo olvidaré —le dije, dándole un abrazo.

Después, mi amigo se despidió de todos los demás.

—Gracias, Huenchulaf —le dijo Pelayo—, yo también sé que sin tu ayuda Alonso no me hubiera encontrado, y sabe Dios dónde estaría ahora. Algunas veces he sido un poco pesado contigo, y te pido perdón.



Cuando estábamos en medio de la despedida, la gente del poblado se acercó al río y, con gran algarabía, celebraron el regreso de Huenchulaf.

Pero para nosotros había llegado el momento de continuar el viaje. Yo me sentía un poco triste, pero también felices pues ya faltaba muy poco para llegar y, efectivamente, tras otra jornada de viaje, avistamos Concepción.

Poco más adelante, dejamos la balsa ante la mirada curiosa de algunas personas que se habían acercado a la orilla y que contemplaban con curiosidad el grupo que formábamos. Pero sin decir nada nos dirigimos caminando a la casa de Pelayo.

Anochece. Las puertas y ventanas estaban herméticamente cerradas, de manera que tuvimos que llamar con bastante insistencia.

Mientras tanto, Pelayo, sin poder dominarse, corría de un lado a otro golpeando puertas y ventanas y gritando una y otra vez:

—¡Papá, mamá, abran, soy yo!

Cuando por fin se abrió la puerta, Pelayo corrió como una exhalación a los brazos de su padre, que se acercaba apresuradamente por el corredor, algo alarmado con tanto grito. Después llegó doña Amelia a sumarse al abrazo y, finalmente, en medio de risas y saltos de alegría, todos los hermanos de Pelayo se reunieron a su alrededor, en un inesperado y emocionado reencuentro.

En un principio, nosotros permanecemos apartados, pero luego don Bartolomé advirtió nuestra presencia y se dirigió hacia mí:

—Alonso! ¡Explícame! ¿Cómo ha ocurrido este milagro? Nosotros ya los dábamos por muertos. Voy a enviar un mensajero en este mismo momento a casa de

tu padre para decirte que estás bien y que te venga a buscar. ¡Aún no puedo creerlo! —Tras una pausa, agregó—: Ahora sí que tu padre podrá perdonarme.

—¿Por qué perdonarlo? —le pregunté, extrañado.

—Te fuiste dejándome sólo una nota que apenas podía leer. Traté de buscarte, pero no encontré ni un rastro tuyo. Cuando volví sin tí, no pude dar ninguna explicación a tus padres, que estaban desolados. Se molestaron conmigo y tenían razón. Mal que mal estamos buscando a mi hijo y yo debía cuidarte...

—Perdón, don Bartolomé, no tuve alternativa, pero no imaginé que esto podría traerle problemas. Sólo pensé en buscar a mi amigo Pelayo.

—Y nunca podremos agradecerte lo suficiente. Pero fuiste muy irresponsable. No sabes lo mal que lo he pasado desde entonces. Aunque, gracias a Dios, todo ha terminado bien

—Nuevamente le pido perdón. Jamás pensé que iba a pasar un mal rato por mi culpa —insistí, y tratando de cambiar el tema, agregué—: Dígame ahora ¿cómo está mi padre de su herida en la pierna? ¿Se recuperó bien? Gracias por hacerlo llamar, porque ahora que hemos llegado, me siento muy cansado para emprender camino a mi casa.

—Sus heridas sanaron, camina perfectamente. —Y fijando su atención en mis acompañantes, preguntó—: ¿Quiénes son estas personas que vienen contigo?

—¡Por Dios!, en medio de tanta alegría y tantas explicaciones, me he olvidado de presentárselos. Son más que amigos. Gracias a ellos estamos aquí.

No quise revelar a don Bartolomé que se trataba nada menos que de mi tía. No quería que la noticia se fuera a anticipar al encuentro entre los dos hermanos.

—Sean bienvenidos a mi casa —les dijo entonces don Bartolomé, saludándolos y dándoles las gracias—. Mandaré que les preparen alojamiento.

En ese momento, reparó en el gran bulto del sagrario, que mi tío transportaba cubierto por una manta y que, en ese momento, había dejado en el suelo.

—¿Qué es eso que traen? —preguntó.

—Es una larga historia. Prefiero esperar a que mi padre esté aquí, para contarle todo.

Aquella noche, por primera vez en mucho tiempo, dormí en una cama. A pesar de ello, me costó conciliar el sueño. Estaba exhausto y me costaba dominar la ansiedad de volver a ver a mis padres.

Desperté muy tarde, cuando sentí que alguien me tocaba con suavidad el hombro.

—¡Alonso, hijo mío!

—¡Papá! —grité al tiempo que lo abrazaba fuertemente.

Permanecimos así un rato, hasta que él me dijo:

—¡Te felicito por tu valentía! Ahora vístete y vamos a casa. Tu madre te espera impaciente.

—Sí. Pero antes quiero que veas a alguien.

—¿A quién?

—Es una sorpresa, ya verás.

Nos dirigimos a la habitación donde habían pasado la noche mis tíos, mi prima y Millaray.

Toqué la puerta, y una voz respondió que podíamos pasar.

Al ver a mi tía, mi padre se quedó mudo de asombro, con los ojos muy abiertos.

—¡Elvira! —exclamó por fin—. ¿Eres tú?

—¡Sí, Diego, soy tu hermana! Dijo ella corriendo hacia mi padre.

Se abrazaron estrechamente y permanecieron mucho rato así. Al fin, tía Elvira dijo:

—¡Podrás tú y podrán todos perdonarme por la tristeza que les ocasioné cuando me fui de casa!

—No hablemos de eso ahora, Elvira. Dime, ¿cómo estás? ¿Te arrepentiste alguna vez de haber seguido a Llancañir? ¿Has sido feliz? —le preguntó mi padre.

—Mucho. He sido inmensamente feliz. Reconozco que los he añorado, pero, te repito, soy muy feliz con mi vida. —Y señalando a su hija y a su marido, continuó—: Te presento a mi hija, Sayen María. A Llancañir ya lo conoces.

Mi padre se acercó a Llancañir y le tendió la mano algo fríamente. Mi tío le respondió con la misma actitud.

Interrumpí el gélido momento, diciendo:

—Padre, te presento también a Millaray. Ella es mi salvadora.

—Y mi nueva hija —añadió tía Elvira.

Mi padre cambió entonces de actitud. Se acercó a las dos niñas y las abrazó con cariño.

—Creo que ahora tienen mucho que contarme. Aún no entiendo qué hacen todos ustedes juntos —dijo mi padre.

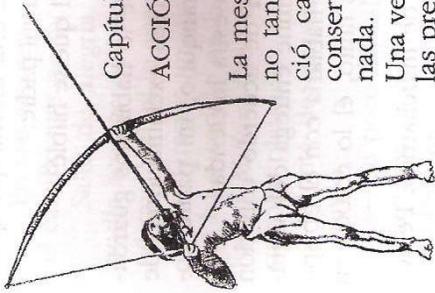
En ese momento entró don Bartolomé.

—El desayuno está listo —anunció—. Pasemos al comedor.

Allí, en forma muy diplomática, al darse cuenta de que había una situación un tanto embarazosa, el padre de Pelayo se excusó de acompañarnos, y nos dejó.

Capítulo XVI

ACCIÓN DE GRACIAS



La mesa estaba provista de un desayuno tan opíparo que a todos nos pareció casi un sueño. Sólo mi padre conservaba su seriedad y no probaba nada.

Una vez saciado nuestro apetito, y ante las preguntas de papá, comencé a relatar nuestras aventuras, poniendo especial énfasis en el encuentro con mis tíos.

Cuando terminé, mi padre emocionado se puso de pie y se dirigió a Llancañit, a quien estrechó otra vez la mano, pero ahora afectuosamente.

—¡Gracias por haber ayudado a Alonso —dijo—, y hacer feliz a mi hermana! Cuando ella se fue, no lo entendí y, al ver la pena de mi padre, sentí un inmenso rencor hacia ti. Pero ahora comprendo que nosotros estábamos equivocados al negarnos a aceptar que ustedes se amaban verdaderamente.

Mi tía Elvira se levantó y se echó a llorar en los brazos de su hermano. Parece que las lágrimas son con-

tagiosas, porque a los pocos segundos estábamos todos los presentes con los ojos húmedos. Aunque comprendía que tanta emoción se debía a la alegría del encuentro, me sentía tan ridículo en medio de esta escena que quise distraer la atención, preguntando a mi padre:

—¿Quieres ver el sagrario del que te hablé?

—Me encantaría.

Nos dirigimos al lugar donde lo habíamos guardado, y me llené de orgullo al oír sus exclamaciones de admiración. Entonces, ya más tranquilo, mi padre comenzó a organizar el regreso a nuestra hacienda.

Antes de irnos, se pusieron de acuerdo con don Bartolomé para realizar una solemne entrega del sagrario a la catedral. Don Bartolomé hablaría con el obispo para afinar los detalles. Mientras tanto, él lo colocó en un lugar de honor en la casa.

Cuando estábamos a punto de marcharnos, Pelayo y sus padres se acercaron a mí.

—Alonso —dijo don Bartolomé—, no tenemos palabras para agradecerte lo que has hecho por Pelayo. Tu valentía y tu amistad por mi hijo lograron lo que nosotros no pudimos. Pelayo nos ha dejado muy claro que sin tu ayuda estaría muerto.

Miré a Pelayo y les dije:

—Pelayo es mi amigo y nunca quise abandonarlo. Pero no me agradezca sólo a mí. Si no fuera por la ayuda de Huenchulaf, nunca lo habría logrado. Y sin la ayuda de Llancañir y tía Elvira, tampoco habríamos podido regresar tan bien y tan rápido y, además, con el sagrario.

Don Bartolomé se dirigió a mis tíos y volvió a agradecerles todo lo que habían hecho por nosotros y después me dijo:

—Algún día conoceré a Huenchulaf y podré expresarle personalmente lo agradecido que le estaré toda la vida. Mientras tanto, con Amelia, queremos darte un regalo, Alonso.

En ese momento apareció uno de los sirvientes con el caballo más hermoso que hubiera visto.

Salté de alegría. Pero traté de decirle que no lo podía aceptar, que no merecía algo así, pero tanto insistió que al final lo acepté feliz.

—¡Gracias, gracias! Esto es lo más maravilloso que me ha sucedido en la vida... Un caballo mío... Lo voy a llamar *Millán*. Creo que le viene bien ese nombre, por su color plateado.

Monté de inmediato y quise partir sin esperar un segundo.

—Un poco de calma, Alonso —dijo mi padre—. Es hora de partir, pero no irás a hacerlo sin despedirte...

Bajé del caballo y me despedí de todos, volviendo a agradecer a don Bartolomé y a doña Amelia. Luego me dirigí a Pelayo:

—Adiós, amigo. Nos veremos muy pronto. A pesar de las penalidades... ¡Qué bien lo hemos pasado juntos!

—Así es, Alonso. No tarden demasiado. Aquí los estamos esperando. Nuevamente, gracias, muchas gracias.

Una vez que abandonamos la ciudad, me lancé al galope, orgulloso y feliz de mi nuevo corcel, con el viento azotándome el rostro.

Los campos, talados en esa época, me permitían galopar en espacios amplios, en plena libertad. ¡Qué diferente a los espesos bosques de la zona de Arauco!

Y, por fin en casa, nuevamente comenzaron los abrazos y los llantos de felicidad. Mi madre me decía,

abrazándome una y otra vez, que ella estaba segura de que volvería, que nunca había perdido la esperanza. Cuando ya pasó la algarabía del encuentro, mi madre se adueñó de su cuñada Elvira, le mostró la casa y, juntas, prepararon dos habitaciones, una para ella y Llancañir y la segunda para las niñas.

Mientras tanto, mi padre conversaba cordialmente con mi tío Llancañir. Decidieron que pasarían ese invierno con nosotros. Es cierto que mi tío hubiera querido regresar a su tierra y a su vida tan distinta a la nuestra, pero veía lo importante que era para su mujer ese reencuentro.

Tía Elvira se sentía feliz, porque nuevamente viviría como en aquellos lejanos días de su niñez. Pero lo más importante para ella, era que aprovecharía de enseñar muchas cosas del mundo español a Sayen María y, también, a Millaray. Se puso de acuerdo con sor Juana, la monja que vivía en casa, para que les enseñara el catecismo y las preparara para la primera comunión.

Dos semanas más tarde, todo estaba listo para ir a Concepción a la ceremonia de entrega del sagrario. Partimos en una gran caravana con mis padres, mis hermanos y algunos sirvientes. Mis tíos y mis primas se quedaron, porque creyeron que sería más prudente, dadas las condiciones de guerra en que vivíamos.

La ceremonia fue muy emocionante. La catedral se hallaba repleta, y después de una misa y una bendición, el coro entonó un *Te Deum* de acción de gracias.

El sagrario lucía reluciente y en todo su esplendor. Había recuperado su sagrada función.

Después de la ceremonia, tuvimos una gran fiesta en casa de Pelayo, a la que asistió el obispo y las

máximas autoridades de la ciudad, y en la que mi amigo y yo fuimos los héroes. Todos nos felicitaban y nosotros nos sentíamos muy orgullosos. Cada vez que volvíamos a contar nuestras aventuras, agregábamos una pizca de exageración, pero siempre destacando que sin la ayuda de Huenchulaf y de Llancañir, nunca habría regresado a Concepción, ni menos habríamos recuperado el sagrario.

En un momento que estuvimos solos, Pelayo me dijo:

—Realmente, Alonso, te doy las gracias. Antes éramos sólo amigos, pero después de todo lo que ha sucedido, creo que lo seremos aún más y para siempre, como tu abuelo y mi bisabuelo.

—¿No te parece increíble que hayan pasado tantos años y ahora seamos nosotros protagonistas de una amistad como la de ellos?

En ese momento, nos interrumpió un grupo de amigos que querían que nuevamente les narráramos nuestras aventuras y ahí quedó nuestra conversación.

FIN

EPÍLOGO

Durante unos años, el sagrario fue custodiado con mucha veneración en la catedral de Concepción. Más tarde fue devuelto al lugar al que realmente pertenecía, en Brasil. Allí fue recibido con honores y gran júbilo entre los lugareños.

Las tierras de Arauco siguieron siendo, por más de dos siglos, escenario de la confrontación entre los españoles y sus descendientes y los indios araucanos. Éstos defendían con fiereza el territorio que consideraban propio, mientras que los criollos anhelaban establecerse en los lugares que les había dado la corona de España y que sus padres habían conquistado.

Coñalef se convirtió en un valiente toqui. Adquirió una gran fama en su pueblo al matar a los españoles traidores a don Bartolomé y rescatar a los indios que ellos habían hecho esclavos.

Fue la fusión de ambas culturas lo que hizo grande a este personaje.

Las aventuras narradas pusieron punto final a la leyenda del tesoro del holandés, pero comenzó otra...

Dicen los lugareños que el espíritu de Huanguyi aún vaga por los bosques de Arauco, en busca de

Oliverio, su gran amor, a pesar de que éste la había abandonado en el momento más difícil. La mujer se volvió loca y aunque nunca nadie más la vio, sus sollozos y lamentos se escuchan en las noches de verano entre los claros de los bosques.

SUGERENCIAS DE ACTIVIDADES PARA UNA LECTURA CREATIVA

I. RECORDEMOS LA LECTURA A TRAVÉS DE ESTAS PREGUNTAS:

1. En esta obra, las autoras relatan las aventuras de Alonso, nieto de aquel otro Alonso que viajara a América a los diez años. En el primer capítulo de este libro, el protagonista recibe un regalo de su padre relacionado con su abuelo. ¿Recuerdas qué era?
2. ¿En qué época de la historia de Chile transcurre este relato?
3. ¿Por qué el padre de Alonso debe partir de improviso y encarga al niño que cuide a su familia?
4. ¿Quiénes son don Bartolomé y doña Amelia?
5. ¿Cómo consigue Alonso participar en la segunda expedición? ¿Por qué le interesaba tanto participar?
6. ¿Podrías decir quiénes son Coñalef y Huenchulaf?
7. ¿Qué momento de las aventuras de Alonso fue el que más te impresionó?
8. ¿Podrías decir a qué país pertenecía aquel sagrario que encontró Alonso?
9. ¿Quién era el hombre que tenía prisionero a Pelayo? ¿Cómo se llamaba su compañera?
10. ¿Quién resultó ser la mujer de Liancañir?
11. ¿Finalmente, qué pasó con el sagrario?

12. ¿Qué leyenda surgió luego de esta historia?
13. ¿Recuerdas qué costumbre mapuche pudo observar Alonso un día que se alejó del campamento para bañarse en un río?
- II. Sitúa en un mapa de Chile el lugar donde transcurre esta historia. ¿Cómo se llama la zona? ¿Recuerdas dónde vivía Alonso? Nombra los ríos que se mencionan en el libro. También hay una referencia a un volcán.
- III. En el libro aparecen estas palabras: coigüe, raulí, tepa, mañío. ¿Sabes a qué corresponden?
- IV. VERDADERO O FALSO
- Marca una V si es verdadero y una F si es falso:
1. ___ Sayen María y Alonso eran primos hermanos.
 2. ___ Huenchulaf se convirtió en un gran amigo de Alonso.
 3. ___ Huanguyí era una buena mujer.
 4. ___ Huenchulaf era muy buen cazador con su honda.
 5. ___ Millaray era hija de Oliverio.
 6. ___ Curipán y Elvira eran madre e hija.
 7. ___ Elvira adoptó a Millaray.
 8. ___ Llancañir y Elvira decidieron visitar a sus parientes.
 9. ___ Don Bartolomé, agradecido, le regaló unas monedas de oro a Alonso.
 10. ___ En una gran ceremonia, el Sagrario fue entregado al obispo de Concepción y se guardó por muchos años en la catedral.

ÍNDICE

I. ¡Pelayo ha sido raptado!	5
II. La expedición	11
III. El primer campamento	17
IV. El ataque	23
V. Huenchulaf	29
VI. ¡Noticias!	37
VII. El volcán	43
VIII. El sagrario	51
IX. Prisioneros	59
X. El escape	65
XI. Encuentro inesperado	71
XII. Una espera accidentada	77
XIII. Caballos salvajes	83
XIV. El rescate del sagrario	89
XV. Vuelta a casa	93
XVI. Acción de gracias	101
Epílogo	107
<i>Sugerencias de actividades para una lectura creativa</i>	109